10160

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

SUEÑOS DE AMOR,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ESCRITA EN FRANCÉS POR M. M. SCRIBE Y DE BIEVILLE.

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ,—40,—2.°

1874.

8

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE ENERO DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Pro cerr
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á gusto de la tia	1	E. Navarro	T
Amor, careta y celos	1	Usera y Lopez	
Desde el cielo	1	C. Frontaura	
Don Lesmes	1	Manuel Nogueras	
El aceite de bellotas (Monólogo)	1	R. María Liern	
El Dos de Mayo de 1808	1	L. Vazquez y M. Currros	
El diluvio	1	José Velazquez	
El elixir de la vida	1	J. Fernandez Bremon	
El libro talonario	1	J. Hayeseca	
El niño de Juanita	1	Cárlos Trigo	
El proscripto	1	Luis Blanc	
El retrato de Macaria	1	R. María Liern	
El retrato del muerto	1	José Estrañi	
El testamento del tio	1	Cárlos Trigo	
Ernestine	1	E. Blasco	
Fuego en San Ginés	1	E. Blasco	
Gloria á Bilbao	1	E. Zumel	
Infraganti	1	E. Zumel	
La filosofía del vino	1	Teodoro Guerrero	
La pena capital	1	Luis Blanc	
La primera lágrima	1	E. Jakcson Cortés	
Los espíritus	1	J. Fernandez Bremon	
Mi mujer me engaña	1	Eduardo de Lustonó	
1873 y 1874. (*Revista.*)	1	R. Valero y Llorens	L
No me caso con mi tio	1	J. L. Leon y Marin	T
Sermon perdido	1	Teodoro Guerrero	
Un nin de enredos	1	N. N.	
Un si	1	Petano y Torres	
Levantar muertos	2	Ramos Carrion	
Morirse á tres dias fecha	2	E. Zamora y Caballero	
Sancho de Vargas	2	J. Aranáz	
Bernardo el Calesero	3	Luis Blanc	
El anzuelo	3	E. Blasco	
El honor	3	R. de Campoamor	
La nada entre dos platos	3	Malli y Coello	
La verdadera Carmañola	3	Luis Blanc	
Los amigos de los pobres	3	Luis Blanc	
Los aventureros	3	Luis Blanc	
No hay buen fin por mal camino	3	Mariano Catalina	
Romper cadenas	3	Luis Blanc	
Sueños de amor	3	M. Carreras y Gonzalez	
Blanca Blandini	4	E. Zumel	
El vizconde de Commarin	4	E. Zumel	

SUEÑOS DE AMOR.

SUEÑOS DE AMOR,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ESCRITA EN FRANCÉS POR M. M. SCRIBE Y DE BIEVILLE,

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

Representada por primera vez con extraordinario aplauso en el Teatro de APOLO el dia 27 de Mayo de 1874.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
CÁRLOS MURGUÍA, negociante.	Sr. Romea (D. Florencio).
JUANA, su hermana.....	Sra. Diez (D.ª Matilde).
ELISA, su mujer.....	Sra. Alverá (D.ª Elísa).
ENRIQUE DE HERRERA, oficial de marina.....	Sr. Catalina (D. Manuel).
FEDERICO, primo de Elisa.....	Sr. Pastrana (D. Manuel).
INÉS, doncella de Elisa.....	Sra. Fernandez (D.ª Carol.ª)

La escena en nuestros dias. El primer acto en Madrid, el segundo y tercero en el Escorial.

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Cárlos.— Una puerta al foro y dos laterales.— Á la derecha y en primer término, una mesa cerca de una chimenea; en la chimenea, un reloj, candelabros, etc.—Á la izquierda, y tambien en primer término, otra mesa más pequeña, sobre la cual hay un pupitre, un álbum y lápices de dibujo.

ESCENA PRIMERA.

INÉS de pie junto á JUANA, que estará sentada á la derecha delante de la mesa.

INES Conque la señora no quiere aumentarme el salario?

JUANA. Y hace bien: desempeña usted con poco celo su cargo de doncella; es usted distraida, descuidada...

INES. Que diga usted eso, señorita Juana?

JUANA. No he de decirlo?... Mire usted qué libreta de gastos me presenta usted aquí... Le parece á usted que esto está en regla?

INES. Es verdad, señorita... pero usted sabe la ley que tengo á los amos.

JUANA. Seguramente.

INES. Por usted y por la señora, sería capaz de arrojarme al fuego.

JUANA Siempre está usted diciendo lo mismo... pero las ocasiones de echarse al fuego por los amos, son felizmente

608738

muy raras, al paso que todos los dias hay necesidad de prepararles la *toilette*. y hacerles otros servicios prosáicos que usted olvida. En una palabra, puede decirse que no tenemos doncella.

INES. Pero señorita, tienen ustedes en mí un corazon leal, fiel hasta la muerte.

JUANA. Otra vez!

INES. Ya lo verían ustedes, si les sucediese alguna desgracia, si tuvieran algun asunto importante, algun secreto que guardar... Pero aquí nunca los hay!

JUANA. (Sonriendo.) Y eso es sin duda lo que usted siente, verdad?... Escuche usted, Inés... nada me desagrada tanto como el exceso de celo... No trate usted de hacerse necesaria; hágase usted útil y eso basta.

INES. Pero señorita, si estoy trabajando todo el santo dia!

JUANA. Ha concluido usted de coser la bata de muselina de mi cuñada?

INES. (Cortada.) Yo le diré á usted, señorita...

JUANA. La ha comenzado usted siquiera?

INES. Todavía no he podido.

JUANA. Lo ve usted?... Y sin embargo, sabe usted que esta misma tarde nos vamos al pueblo!

INES. Señorita, puedo responderle á usted...

JUANA. No responda usted, no hable usted tanto y trabaje más... Verá usted como así van mejor las cosas de la casa... Ah!... tome usted su libreta.

INES. (Tomándola.) Bien está, señorita. (Qué ganas tengo de que se case y nos deje en paz!) Ah! el amo...

CARLOS. (Entrando por la puerta izquierda.) Quería usted algo?

INES. Nada, señor, nada... estaba arreglando mis cuentas con la señorita. (Vése por la puerta del foro.)

ESCENA II.

CÁRLOS y JUANA.

CARLOS. Cómo, hermana mia, tú te ocupas en esas menudencias?

JUANA. Por qué no? Tu mujer ha tenido mucho que hacer esta mañana.

CARLOS. Tú, mi querida Juana, tan elegante, tan artista, dejas tus libros, tu piano y tus pinceles para ayudar á Elisa en los quehaceres de la casa! Ya no me extraña que haya aquí tanto órden, tanta economía, tanto gusto en todo... Es admirable!

JUANA. Es muy natural... Así me distraigo, así ahorro á mi cuñada una parte de los cuidados domésticos, que siempre son pesados para una mujer sola... Así logro que tú, como buen marido que eres, pases la vida feliz y tranquilo...

CARLOS. Entre mis dos mujeres!... dices bien... porque yo tengo dos mujeres; dos, como un pachá turco... la una, mi amiga, mi compañera de infancia...

JUANA. Tu amiga de siempre...

CARLOS. La razon en persona, el juicio alegre y divertido, la discrecion de buen humor!... Y tan amable, tan cariñosa conmigo...

JUANA. Que cualquiera la tomaría por tu mujer.

CARLOS. Y la otra, tan linda, tan tierna, y dejándose adorar con una gracia, con un candor...

JUANA. Que cualquiera la creería tu hermana.

CARLOS. Qué quieres?... Elisa es buena, pero de un carácter tan apacible, por no decir tan frio y tan apático!...

JUANA. Sí?... Pues mira lo que son las cosas... yo apostaría á que tiene una imaginacion novelesca.

CARLOS. (Con aplomo.) Qué equivocada estás!

JUANA. Casi me atrevo á decir apasionada.

CARLOS. Qué disparate!... Hace dos años que estamos casados, y todavía no me ha dicho una sola vez que me ama! Lo repito, es de una naturaleza serena, tranquila, retraida...

JUANA. Qué entiendes tú por eso?

CARLOS. Tú no puedes comprenderme... Pero mira: eso lejos de inquietarme, me tranquiliza como marido. Apacible y virtuosa!... es una garantía!... Ella no ha amado nun-

ca, no amará á nadie más que á mí!... Toda la ternura, toda la pasion que cabe en su alma son para su esposo... Qué más puedo yo desear?

JUANA. Seguramente .. pero... á mí me parecía... En fin, puede ser que me equivoque.

CARLOS. Ah! no es eso lo que á mí me trae disgustado y triste... es otra cosa; es un pesar contínuo, un disgusto de familia!

JUANA. Cuál?

CARLOS. Tu persistencia en rehusar todos los partidos que te se presentan, tu resolucion de no casarte...

JUANA. Y qué necesidad hay de que yo me case?

CARLOS. Hé ahí una respuesta que no comprendo, viniendo de una jóven como tú... discreta... juiciosa...

JUANA. (Sonriendo.) Y mayor de edad por añadidura! (Tomando la mano á Cárlos.) Quieres que me separe de tu lado?

CARLOS. No... pero y si yo faltase?... Nadie está libre de un accidente... Ahora se vive muy de prisa... una vida en ferro-carril... Yo puedo descarrilar, y quiero, por si acaso, dejarte acomodada, con un marido, con hijos... en fin, con una buena familia como la mia

JUANA. Y si esa me bastase y llenára todas mis aspiraciones?

CARLOS. No es posible!... Tú eres jóven, eres bella, tienes una bonita fortuna... cinco mil duros de renta por lo ménos.

JUANA. Bah! nuestro padre no me dejó más que cuatro.

CARLOS. (Enfadado.) Qué!... vas ahora á poner reparos á mis cuentas como tutor?

JUANA. (Calmándole.) Nada de eso, hermano mio.

CARLOS. No me extrañaría! Has tomado á empeño hace algun tiempo el contrariarme en todo!... Cuanto más deseo muestro de verte casada, más te obstinas en permanecer soltera; basta que yo te hable de un pretendiente, para que tú le pongas en ridículo y le tomes entre ojos... y como yo proteja abiertamente á alguno, ya puede contar con que tú le das calabazas.

JUANA. Qué idea!

CARLOS. Y si no, qué tacha puedes poner á Gil Perez, Alfredo

Gil Perez, un agente de Bolsa notable, hombre inteligente, instruido, que se ha interesado en todas mis empresas... Veamos, qué tacha puedes ponerle?

JUANA. Que tiene demasiadas ocupaciones para ocuparse de su mujer.

CARLOS. Y de Federico Serra, el primito de Elisa, un jóven tan elegante, tan distinguido, tan simpático... qué tienes que decir?

JUANA. Que no hace nada, y esto daría mucho que hacer á su esposa.

CARLOS. Dí más bien que estás decidida de antemano, y suceda lo que quiera á no casarte uunca!... No te asusta la perspectiva de ser solterona?

JUANA. Por qué? Tienen las gentes una idea singular de lo que en el mundo se llama una solterona, cuando en mi opinion es el estado de la vida más cómodo y agradable! En primer lugar, la mujer está en él exenta de todos los cuidados domésticos; no se halla expuesta ni al mal humor, ni á los celos, ni á la tiranía de un señor y dueño; no tiene que transigir veinte veces al dia con el carácter y los defectos de la otra mitad de sí misma. Libre é independiente, no debe á nadie cuenta de sus acciones, de sus pensamientos, de sus secretos... si es que los tiene!

CARLOS. Buena filosofia!

JUANA. Yo, por ejemplo, dueña de mi fortuna y de mi libertad, cuánto bien no puedo hacer, sin pedir permiso á mi marido!. . No me separaré de tí nunca... permaneceré al lado de tu mujer y seré su amiga... al lado de tus hijos á quienes cuidaré uno tras otro... de tus hijos que serán los mios sin que me hayan costado dolor alguno, y que respetarán y amarán á su tia Juana!... porque la tia solterona, cuando es buena y amante de la familia, constituye la providencia de sus sobrinos... Ella los mima cuando se han portado bien; ella intercede por ellos cuando han hecho alguna picardigüela; ella, cuando han llegado á la adolescencia, es la confidenta de sus

penas; ella paga en secreto las deudas de los varones; ella casa á sus sobrinas, y quizá á las hijas de sus sobrinas, porque las solteronas son eternas!... Y cuando ya se ha cansado de vivir, los reune á todos, á ellos y á ellas, en su testamento, para ser todavía amada y bendecida despues de su muerte!... Conoces una existencia más agradable que esta?

CARLOS. Ah! tú aumentas mi pena, Juana querida!... tan buena, tan alegre, tan amable, qué esposa tan excelente harías!... Y sin embargo, no quieres casarte!

JUANA. Es cosa convenida, como si se hubiese escrito y firmado ante notario público. No hablemos, pues, de ello.

CARLOS. Segun eso, detestas á los hombres?

JUANA. No por cierto! Hay uno, sobre todo, ya sabes, (Tomándole la mano.) á quien amo con todo mi corazon.

CARLOS. Sí, ya... pero y los otros? De tantos como te han pretendido, ninguno ha merecido tu preferencia?

JUANA. No diré yo eso... porque á tí, hermano mio, no quiero ocultarte nada... En cierta ocasion, encontré, por casualidad, un jóven, cuyo talento, cuyo valor, cuya franqueza y sencillez, sobre todo, me impresionaron mucho.

CARLOS. De veras?

JUANA. Era el carácter que me convenía, y si mi destino hubiera sido casarme, sin duda habría sido él preferido.

CARLOS. Y por qué no ha de serlo?... Quién es?... Dónde está?... Qué obstáculo se opone?...

JUANA. Uno grandísimo. En primer lugar, era libre y no ha pedido mi mano... en segundo lugar, partió, no he vuelto á verle, no he oido hablar más de él y he concluido por olvidarle.

CARLOS. Hace de eso mucho tiempo?

JUANA. Bastante.

CARLOS. Y no me habías dicho nada!

JUANA. Para qué?... Cuando se quiere olvidar á las personas, lo mejor es no hablar de ellas.

CARLOS. Y ya no te acuerdas de ese jóven, nada absolutamente?

JUANA. Ya lo ves, puesto que te hablo de él. Ya no pienso más que en tí, y en tu mujer, que es mi hermana y mi mejor amiga.

CARLOS. Es verdad: Elisa te profesa un cariño, una estimacion...

JUANA. Que yo le pago y le agradezco.

CARLOS. Ella te lo dice todo:

JUANA. (Meneando la cabeza) Oh! en cuanto á eso, nosotras nunca lo decimos todo.

CARLOS. Ni aun al marido?

JUANA. Ni aun al marido.

CARLOS. Entónces, tienes razon: no vale la pena de casarse. Ah! el primito de mi mujer.

JUANA. (Yendo á sentarse junto á la mesa de la izquierda.) El señor don Federico Serra!

ESCENA III.

FEDERICO, CÁRLOS, JUANA.

FED. Buenos dias, primo... á los piés de usted, Juanita.

CARLOS. Hola, Federico!

JUANA. Muy buenos dias.

FED. Vengo á hacer á ustedes mi visita matinal de costumbre.

JUANA. Usted siempre tan puntual, tan asíduo...

CARLOS. (Ya lo creo!... No viene á humo de pajas!)

FED. Ah!... usted ha notado... (Bajo á Cárlos.) (Vamos, qué noticias me das de mi pretension?

CARLOS. (Bajo á Federico.) Malas!... hemos hecho fiasco!

FED. Bah!... eso no es posible.

CARLOS. Como lo oyes... Juana te estima mucho; le pareces simpático, seductor, amable...

FED. No te lo decía yo?

CARLOS. Pero no quiere casarse... es una idea fija, una resolucion irrevocable.

FED. Ya cambiará... la mujer y la veleta son mudables... Eso corre de mi cuenta... Y tu mujer, la ha hablado en favor mio?

CARLOS. Elisa?... Ayer tarde estuvo una hora recomendándote con un calor, con una insistencia...

FED. Excelente prima!... Voy á darle las gracias... (Alto.) y despues me despido de ustedes.

CARLOS. Sales de Madrid?

FED. Sí, me voy á Cádiz.

CARLOS. Al país de mi mujer.

FED. Se habla mucho de un nuevo buque de guerra que se está construyendo en la Carraca. . y quiero verle lanzar al agua. Será un espectáculo magnífico! Ya sabes que yo adoro las olas!... (Cantando.)

Dichoso aquel que tiene
la casa á flote,
y á quien la mar le mece
su camarote!

CARLOS. Sí, sí... tu aficion á la marina.

JUANA. Pero, Federico, usted siempre está viajando... Cuándo hace usted sus negocios?

FED. Negocios?... Yo no tengo ninguno. Eso se queda para la gentn de baja estofa.

CARLOS. Poco á poco!... yo protesto!

FED. Bah!... no me hables de negocios, primo... háblame del *dolce far niente* por la tierra y por los mares... eso es distinguido, eso es *comm'il faut*, eso es aristocrático... Me dirás que no soy noble, es verdad... pero quién mejor que yo podría llevar un título?... Tengo veinte mil duros de renta, y nada en qué ocuparme desde que me levanto hasta que me acuesto.

CARLOS. Lo cual te proporciona la vida más ocupada del mundo. (Á Juana.) Es el hombre indispensable en todas las *soirées* del buen tono... el caballero de todas las damas... Sin ir más lejos, el tuyo y el de Elisa... Él os acompaña á todas partes, él hace todos vuestros encargos...

FED. Cierto!... soy el *cavaliere servente* á la *veneciana*!... especialidad que trato de introducir en Madrid... sin interés por supuesto!

CARLOS. (Mirando á la derecha.) Mi mujer! Qué linda está en su *negligé* de mañana!

ESCENA IV.

FEDRRICO, CÁRLOS, ELISA, JUANA.

ELISA. (Entra por la puerta de la derecha con un libro en la mano, que lee con atencion; alza los ojos, ve á Cárlos y se dirige hácia él.) Buenos dias, amigo mio. (Volviéndose y dejando el libro sobre la mesa de la derecha.) Buenos dias, Juana... Cómo, primito, tú por aquí tan de mañana!

FED. Es que tú te levantas hoy más tarde que de costumbre.

ELISA. Pues hace ya rato que estaba despierta... solo que me puse á leer en la cama...

JUANA. Y qué leías?

ELISA. Un libro que cogí al azar en la biblioteca de mi marido.

FED. (Mirando el libro.) El *Dante*...

JUANA. Misericordia!

FED. El *Dante*... no le he leido nunca... y es extraño, porque yo lo leo todo. No son versos, unos versos muy largos?

CARLOS. Sí, el *Infierno del Dante*!

FED. Eso es... versos... un infierno!... eso quería yo decir... Á mí me gusta más la prosa. (Á Elisa.) Sobre todo la tuya, primita. Sé que te has interesado por mí, y vengo á darte las gracias.

ELISA. (Mirando á Juana.) No pierdo la esperanza de convertirla.

FED. Ni yo tampoco. Oh! ya verás... le diré que en nuestros dias no puede una mujer consagrarse exclusivamente al culto de Diana ó de Vesta... y que en este siglo... ilustrado... por el gas... y por la civilizacion, etc. etcétera.) (Cambiando de tono.) Conque prima... y usted, Juanita... tienen ustedes algun encargo que darme?... porque voy á partir para el Océano.

ELISA. De veras?

FED. Sí, me lanzo... ó más bien voy á ver lanzar el *Bucentauro.*

ELISA. Cuándo?

FED. Pasado mañana. Y á propósito, primita... tú que eres de Cádiz, me darás cartas de recomendacion para todos los marinos que conozcas?

ELISA. Á condicion de que irás á buscarlas mañana domingo á nuestra casa de campo.

CARLOS. Y á despedirte de nosotros.

ELISA. Entre tanto, necesito una sombrilla, un abanico y algunos artículos de perfumería de casa de Frera; tendrás que comprarlo todo hoy y llevármelo mañana.

FED. Puedes fiar en mi diligencia.

CARLOS. (Bajo á Federico.) Yo tambien tengo un encargo que darte... una comision misteriosa é importante... de que no puedo hablarte, ni delante de mi mujer ni delante de mi hermana.

FED. (Con malicia.) Hola, hola, hola!...

CARLOS. Vuélvete por aquí... á eso de las cuatro, despues de la Bolsa, y ántes de que partamos al pueblo.

FED. Corriente. Y usted, Juanita, no tiene nada que encargarme?

JUANA. Sí; una caja de bombones para mi sobrinito... de casa de Prats ó de la Mahonesa.

FED. (Á Cárlos.) Cuando yo te lo decía!... Soy el hombre útil, indispensable... no pueden pasar sin mí. (Alto.) Hasta luégo, señoras. (Cantando.)

Dichoso aquel que tiene
la casa á flote...

ESCENA V.

CÁRLOS, ELISA, JUANA.

CARLOS. Perfectamente! Federico á sus negocios y yo á los mios!... Voy al escritorio.

JUANA. (Bajo á Elisa.) Tu marido ha estado indispuesto esta mañana.

ELISA. (Corriendo á Cárlos.) Indispuesto?... Tú, amigo mio!... Enfermo tal vez?... Será cierto?

CARLOS. No... no ha sido nada... un dolorcillo de cabeza...

ELISA. Ah! cuánto siento haberme levantado tan tarde!... No volverá á sucederme!

CARLOS. Gracias... ya estoy bien... te lo aseguro.

ELISA. De veras?

CARLOS. Tú acabas de curarme. (Abraza á Elisa y váse por la puerta de la izquierda, seguido de Juana.)

ESCENA VI.

ELISA, despues JUANA.

Elisa se acerca á la mesa de la derecha y pone la mano sobre un resorte, que va á empujar cuando ve entrar á Juana; entónces se detiene, coge el libro que sacó en la mano, se sienta y se pone á leer. Juana, que ha seguido todos sus movimientos, se acerca á ella.

JUANA. Elisa... te estorba mi presencia?

ELISA. Qué idea!... Estorbarme tú, mi hermana, mi única amiga!...

JUANA. Á una amiga se le dice todo... y no se le deja adivinar...

ELISA. Qué?... qué has adivinado?

JUANA. Nada que deba conmoverte... ni ruborizarte!... Elisa, tú eres una buena y honrada esposa! (Elisa le aprieta la mano.) Pero empezando por la *Paulina* del *Poliuto*, que leíamos juntas dias pasados, hay esposas muy buenas y honradas que no aman á sus maridos...

ELISA. (Rápidamente.) Qué dices?

JUANA. Con pasion, se entiende! Nadie es dueño de su corazon! (Con bondad.) Escucha, hermana mia, y no me respondas si no quieres... pero permíteme que te pregunte por qué te encierras tan amenudo en esta sala... por qué ayer y hace un momento estabas tan turbada...

ELISA. Por nada... te lo aseguro.

JUANA. Pues bien, yo voy á decírtelo... Es que ayer, cuando yo

entré, te hallabas cerca de esta mesita (Pasa á la derecha.) que perteneció á mi tia Gertrudis... acababas de cerrar rápidamente uno de los cajones, y yo percibí el ruido de un resorte que debe estar aquí. (Pone la mano en el resorte que Elisa iba á empujar.)

ELISA. Qué vas á hacer?

JUANA. Resorte que conozco... y la prueba... mírala... ya está abierto. (Empuja el resorte y se abre un cajon por el lado del público.)

ELISA. Ah!... qué imprudencia la mia!

JUANA. (Con dulzura.) Tranquilízate... tus secretos están mejor guardados aquí (Señalando á su corazon.) que ahí. (Señalando al cajon.)

ELISA. Juana!... Oh! toma, lee... yo te lo ruego... lee para que no formes mala opinion de mí! (Le da un paquete de cartas que saca del cajon.)

JUANA. (Deshaciendo el paquete y recorriendo las cartas.) Cartas de mujer!

ELISA. Sí.

JUANA. Y todas de la misma mano.

ELISA. Todas.

JUANA. En ellas no se habla más que de un jóven..... un bello jóven, su hermano!

ELISA. Sí.

JUANA. El último sobre, con lacre negro, contiene una sortija y unos cabellos... del jóven sin duda?

ELISA. Voy á decírtelo todo.

JUANA. Gracias á Dios! (Elisa va á echar el cerrojo á la puerta de la izquierda; Juana cierra del mismo modo la del foro y viene á sentarse á la izquierda junto á Elisa.) Ea!... valor!

ELISA. Más de una vez te he hablado de Cármen Herrera, mi amiga de convento.

JUANA. Que murió hace dos ó tres años.

ELISA. Tres años... un corazon do oro, un alma de fuego!

JUANA. Pero sin pizca de sentido comun. Adelante!

ELISA. Pues bien, tú sabes que un convento de educandas es el lugar en que se hacen más novelas... cada cual

se forja la suya... La nuestra, la de Cármen y mia, era no separarnos nunca y ser algun dia hermanas. Para ello, Cármen había concebido el proyecto, un verdadero castillo en el aire, de casarme con su hermano Enrique de Herrera, un gallardo mancebo, aspirante entónces de marina. Así es que hablábamos de él toda la semana, incluso el domingo, dia en que solía venir á vernos...

JUANA. Y qué os decía?

ELISA. Á su hermana muchas frases de cariño... á mí nada absolutamente. Había siempre en el locutorio madres curiosas que todo lo escuchaban.

JUANA. Y hacían perfectamente.

ELISA. Un domingo no vino Enrique .. había recibido la órden de incorporarse aquel mismo dia á la tripulacion de su navío que partía para una espedicion lejana... Figúrate la pena que tendríamos... pero aún fué mayor la que sufrimos al año siguiente en que Cármen y yo salimos del convento. No pudiendo ya desde entónces hablar de él... de Enrique... nos escribíamos todas las semanas... y esas cartas son las suyas... las he conservado todas... Ella me decía, como puedes ver, que su hermano me adoraba, que estaba segura de ello, que sólo pensaba en distinguirse, en ascender, en llegar á almirante para venir á pedir mi mano... qué sé yo cuántas cosas?... Desde entónces, la imágen de Enrique quedó grabada en mi corazon... Pero ay! Cármen enfermó y ántes de morir me escribió esa carta que hace un momento tenías en la mano, cerrada con lacre negro, y en la cual, presintiendo su fin próximo, me lega una sortija y un rizo que tenía de su hermano, y me recomienda que ame siempre á Enrique y que me case con él, para que juntos hablemos siempre de ella!

JUANA. Qué imaginacion!... Y tu marido me sostenía hace un momento que eras de un carácter apacible y tranquilo

ELISA. Yo!

JUANA. Que eras insensible...

ELISA. Ah! no hubieras tú dicho eso, si hubieses visto mi dolor el dia que leí en un periódico que Enrique de Herrera, distinguido oficial de Marina, acababa de morir en Inglaterra.

JUANA. Ha muerto?... Eso me tranquiliza.

ELISA. Ah! qué mal corazon!

JUANA. No, no, pobre jóven! le compadezco, sí, le compadezco mucho; y á tí tambien, porque ya me figuro tu desesperacion.

ELISA. Oh! fué grandísima, inmensa! Hasta entónces le había amado un poco, moderadamente....

JUANA. Nada más?

ELISA. Pero desde aquel dia dí en llorarle, en adorarle con toda mi alma!

JUANA. Sí, pero como un sueño, verdad? como un recuerdo que el tiempo va disipando?

ELISA. Sin duda; pero mira, esta mañana me he sentido tan conmovida al leer en el *Dante* ese episodio de Francisca de Rimini y de su amante, que recorren juntos y con las lágrimas en los ojos una página llena de tristeza, una escena de amor!...

JUANA. Sí, pero no has echado de ver que el marido los sorprende más adelante!

ELISA. (Exaltándose.) Qué importa?

JUANA. Que los mata!

ELISA. (Lo mismo.) Qué importa, si ellos se amaban, si habían podido decírselo? (Levantándose.) Oh! á ese precio....

JUANA. (Cogiéndole la mano.) Desgraciada! si Cárlos te oyese!...

ELISA. Eh! qué?... pues qué he dicho?

JUANA. Tienes un marido buenísimo, un marido que te ama, que no ama más que á tí, que te consagra todos sus pensamientos, y tú estás pensando en otro hombre! Ah! eso es muy mal hecho.

ELISA. Pero ese hombre ha muerto!

JUANA. Razon de más! Si viviese, sus defectos ó sus ridiculeces, porque todo el mundo los tiene, combatirían contra él mismo y ayudarían á tu curacion, mientras que

ahora la partida no es igual... para él todo se hace perfecto, todo se diviniza, y la poesía de los recuerdos perjudica al marido, que, al fin y al cabo, no es más que realidad y prosa.

ELISA. Yo te juro, mi querida Juana, que te equivocas.

JUANA. Hija mia, me decía mi tia Gertrudis, que quizá hablaba por experiencia propia, pues, segun dicen, había sido en su juventud muy linda y algo coqueta; hija mia, no te fies del amor ni de sus recuerdos; de lejos (Señalando á las cartas.) seducen; pero en realidad sólo á costa del reposo, de la reputacion, de la paz doméstica, se compra una felicidad mentida, y aun á veces el amante, que tan caro cuesta, no vale lo que el marido que no cuesta nada.

ELISA. Pero hermana mia...

JUANA. Ya lo ves tú misma; ya ves á lo que te expones por un amor póstumo y que sólo tiene para tí peligros... Las cartas, las cartas, decía tambien mi tia Gertrudis, son las que nos pierden. Si una de esas cayese en manos de tu marido...

ELISA. Oh!... cartas de mujer...

JUANA. Pero que revelan tu primer amor á otro, y los hombres no quieren ser platos de segunda mesa; al contrario, todos detestan á sus antecesores, como los reyes á sus herederos. Esta mañana mismo, en uno de sus arranques de satisfaccion conyugal, me decía mi hermano hablándome de tí: «Qué importa que sea tan poco apasionada, tan poco vehemente, si me consagra todo el cariño que cabe en su pecho, si nunca ha amado ni amará á nadie más que á mí?»

ELISA. Eso decía?

JUANA. Y si llegase á descubrir lo contrario, bien pronto verías suceder á su confianza de ahora, la inquietud, las sospechas, los celos; tu casa, hoy imágen del Paraiso, se cambiaría en un infierno; tu marido te sería odioso, tu hijo indiferente...

ELISA. Oh! eso no!

JUANA. Principio quieren las cosas... Ya esta mañana, mientras tú leías el *Dante*, yo me acercaba á la camita de ese niño, le levantaba, le vestía, recibía su primer beso...

ELISA. Ah!

JUANA. Sí, te le he robado, hermana mia; pero toma, te le devuelvo. (Le da un beso.)

ELISA. Mi buena hermana, mi ángel tutelar, vela por mí, aconséjame, qué debo hacer?

JUANA. Tomar una resolucion enérgica. Cuando la herida es honda, hay que aplicar atrevidamente el cauterio. (Encendiendo un fósforo.) Espera; no será larga la operacion.

ELISA. Qué vas á hacer?

JUANA. (Encendiendo una vela.) Un auto de fe con todos estos papeluchos.

ELISA. Pero no ves que yo los leo todos los dias?

JUANA. Razon de más!... ya debes saberlos de memoria.

ELISA. Oh! no, Juana; no hagas eso, por Dios. Sería como...

JUANA. Si te quemasen á tí misma!

ELISA. (Con exaltacion.) Sí!

JUANA. Pues bien; tú debes, como las viudas del Malabar, hacer ese sacrificio. Qué pierdes en ello? Frases como ésta: «Se pueden romper los lazos terrestres, pero no el lazo de las almas, la simpatía que las une.» (Quemando la carta en la vela y arrojándola á la chimenea.) Al fuego la simpatía! Mira qué bien arde! Y esta otra: «Abro mi ventana para escribirte; es de noche y la luna esparce á lo lejos ese gran secreto de melancolía que se complace en confiar á la añosa encina.» (Quemándola y echándola á la chimenea) Al fuego la encina y la luna!

ELISA. Pero esa es una frase de Chateaubriand!

JUANA. No importa, mantengo la sentencia; es el jefe de la escuela. Ah! y estos cabellos que ya olvidaba? Al fuego! (Los arroja igualmenle á la chimenea.)

ELISA. Desgraciada! qué has hecho?

JUANA. Qué he de hacer? cenizas! En cuanto á esta sortija...

ELISA. No puedes quemarla.

JUANA. Desgraciadamente.

ELISA. (Queriendo cogerla.) Entónces permíteme...

JUANA. (Impidiéndoselo.) Llevarla?... Y tu anillo de boda? No; el sitio está ocupado.

CARLOS. (Dentro, golpeando la puerta del foro.) Qué es esto? Estais encerradas?

ELISA. Mi marido!

CARLOS. (Dentro.) Abrid!

JUANA. No puede ser.

CARLOS. (Lo mismo.) Por qué?

ELISA. Porque... porque me estoy probando un vestido.

CARLOS. (Lo mismo.) Y qué importa?

ELISA. Vaya si importa! espera un poco.

JUANA. (Que durante este tiempo ha arrojado una tras otra las cartas á la chimenea.) Vés cómo ya tienes que mentir á pesar tuyo?

ELISA. Estoy temblando. Queda todavía alguna?

JUANA. Nada más que dos, que están ya espirando. Eh! todo ha concluido; ya puedes abrir.

ELISA. (Dejándose caer en un sillon á la izquierda.) No tengo fuerzas.

JUANA. (Mirándola con lástima.) Y buscas las grandes pasiones! (Va á descorrer el cerrojo de la puerta de la derecha y despues el de la puerta del fondo, que abre de par en par.) Nadie!... se habrá cansado de esperar.

ELISA. Tanto mejor! respiro! Dios quiera que no venga en este momento. (Viendo á Cárlos, que aparece en la puerta del foro.) Ah! aqui está.

ESCENA VII.

ELISA, sentada á la izquierda. JUANA, sentada junto á ella. CARLOS, viniendo por el foro.

CARLOS. (Con aire de mal humor.) Gracias á Dios! (Se dirige hácia la chimenea y mira detrás de los candelabros, debajo del reloj, etcétera.)

ELISA. (Bajo á Juana.) Qué busca?

JUANA. (Lo mismo.) No sé.

ELISA. (Lo mismo.) Sospechará algo? (Viéndole detenerse ante el cajon que ha permanecido abierto.) Ay! el cajon!

JUANA. (Lo mismo.) Se me olvidó cerrarle.

CARLOS. (Examinándole.) Calla!... yo no conocía esto.

JUANA. (Bajo á Elisa.) (Ves qué bien hemos hecho en destruir todo lo que había ahí dentro?

ELISA. (Bajo á Juana.) Sin embargo, yo no estoy tranquila... él sospecha alguna cosa.

CARLOS. (Despues de haber cerrado el cajon y mirado otra vez á derecha é izquierda, se dirige á Elisa, á quien observa durante algunos segundos.) Qué mala cara tienes!

ELISA. (Volviendo la cara á otro lado.) Es... es que me ha dado una jaqueca atroz.

CARLOS. Y cómo huele á chamusquina! (Juana y Elisa se dirigen miradas de inquietud.) Qué habeis quemado aquí? Papeles en la chimenea! Apuesto á que son los mismos que yo necesito.

JUANA. (Levantándose y dirigiéndose á él con impaciencia.) Pero qué estás buscando así hace una hora?

CARLOS. El periódico. (Juana se echa á reir.) El periódico, que no está en mi despacho y que necesito, ahora mismo. (Á Juana.) Vamos á ver, por qué te ries?

JUANA. Por qué... por qué... por qué lo tienes ahí en mi pupitre?

ELISA. (Dándosele á Juana, que se lo entrega á Cárlos.) Tómale.

JUANA. Yo le había cogido para leer el folletin.

CARLOS. Si no trae!

JUANA. Pues por eso!

CARLOS. Cómo... por eso?

JUANA. Por eso no le leo.

CARLOS. Ah!

JUANA. Y para qué quieres tú el periódico?

CARLOS. (Haciéndole señas de que se calle.) Chit! calla! (Llevándola hácia la derecha, aparte, mientras Elisa, sentada á la izquierda, apoya la cabeza entre las manos y se queda pensativa.) Es un gran regalo que quiero hacer á mi mujer. Nuestra casita de campo del Escorial no le gusta, y tiene razon; es

antigua y pequeña; ademas no tiene habitacion para tu marido (Gesto de Juana.) si llegas á casarte; pero estoy á la mira de otra finca, una quinta moderna, deliciosa, con un *chalet* para tí en medio de un parque.

JUANA. Es posible?

CARLOS. Chit!... cállate

JUANA. Pero eso será muy caro.

CARLOS. Tengo reservados diez mil duros que he ganado este año de extraordinario y que destinaba á mi regalo... pero mi regalo, ya sabes, es el de mi mujer.

JUANA. (Mirando á Elisa.) Oh! mi buen hermano.

CARLOS. Y como el cariño no excluye la buena administracion, quisiera, ántes de comprar la nueva casa, deshacerme de la antigua.

JUANA. Muy bien pensado.

CARLOS. He dado órden á mi notario que la ponga en venta, como ahora se hace... con anuncios en todos los periódicos, y quería ver si el nuestro publica ya la noticia. (Recorriendo el periódico.) Ah!... aquí está en grandes caractéres. (Leyendo.) «Se vende una linda casa de »campo, con su jardin, situada en el Escorial, á medio »kilómetro de la estacion del ferro-carril, etc.» Mira, mira... verdad que es de buen efecto?

ELISA. (Mirándolos.) (Qué hablarán por lo bajo?)

CARLOS. Pero no digas una palabra á Elisa... la venta no está todavía hecha... hay muchas formalidades que llenar...

JUANA. Pierde cuidado.) (Se dirige á Elisa, en tanto que Cárlos despliega el periódico y le recorre con la vista.)

ELISA. (Bajo á Juana.) De qué estábais hablando?

JUANA. (Id.) Ya te lo diré.

CARLOS. (Leyendo.) «Noticias varias. Lista de los jurados... Un »nuevo accidente debido á la crinolina... una mujer »quemada... dos mujeres...» Un incendio de mujeres!... pues ya verán ustedes como no se enmiendan. «El distinguido oficial de marina, don Enrique de Her»rera, cuya muerte habían anunciado los periódicos, »vive afortunadamente, y acaba de entrar de nuevo en

»activo servicio.»

ELISA. (Dando un grito ahogado.) Ah!

CARLOS. (Volviéndose hácia su mujer.) Herrera!... será algun pariente de?... Qué es eso?... te pones mala? (Tira el periódico y se dirige á Elisa.)

JUANA. (Adelantándose.) No, no es nada.

CARLOS. Te digo que sí.

JUANA. Es esa maldita jaqueca que se le agrava.

CARLOS. Pobrecita mia!... Elisa!... Elisa!

JUANA. Yo tengo aquí un pomito de sales... no te inquietes.

CARLOS. No he de inquietarme?

ELISA. (Suspirando.) Ah!

CARLOS. Ya vuelve en sí... te sientes mejor, vida mia?... Oh! pero esto no es natural... Voy corriendo á buscar á nuestro vecino el doctor, que vive en el piso segundo. Por la escalera de servicio llegaré en un salto á su despacho, y le traigo ahora mismo. (Á Juana.) No te separes de ella. (Váse corriendo por la izquierda.)

ESCENA VIII.

ELISA y JUANA.

JUANA. (Á Elisa, sacudiéndola vivamente.) Vamos, Elisa, vuelve en tí.

ELISA. (Volviendo en sí poco á poco.) Juana... hermana mia...

JUANA. Tú no puedes ponerte mala por tan poca cosa... tienes un marido... un marido que te ha confiado su honor y su reposo.

ELISA. (Con alegría.) Vive!... lo has oido?... vive!

JUANA. Pero no para tí... tú no debes reconocerle ni interesarte por él!

ELISA. Sí, te lo prometo.... pero si supieras la impresion que ha hecho en mí esa noticia imprevista, inesperada...

JUANA. Calla, por Dios!

ELISA. Oh! nada temas... me basta que él viva!... En lo sucesivo no le veré... no trataré de verle.

JUANA. Sea en buen hora!... Ademas, yo estaré siempre á tu lado. (Bajo á Elisa.) Inés viene!... cuidado!

ESCENA IX.

DICHAS é INÉS.

JUANA. (Á Inés, que llega por el foro.) Qué quería usted?

INES. Señorita, es un jóven que desea ver á la señora.

JUANA. La señora está indispuesta... y ademas, ya lo sabe usted: no recibe ántes de las dos de la tarde.

INES. Ya se lo he dicho... pero ese jóven mostraba tanto empeño!... Es preciso, decía, es absolutamente preciso que yo la vea ahora mismo.—Es muy temprano, le respondí; la señora está con su cuñada.

JUANA. Bien, bien.

INES. Entónces me entregó esta tarjeta, diciendo que volvería muy pronto.

ELISA. (Tendiendo la mano.) Déme usted.

INES. Aquí la tiene usted, señora. (Se la entrega.)

ELISA. (Mirándola.) (Cielos!...) (Dirigiéndose apresuradamente y muy turbada á Juana.) Mira!... lee!

JUANA. (Leyendo.) Enrique de Herrera!

ELISA. (Á media voz.) Está en Madrid!

JUANA. (Id.) Y qué importa!... Vas ahora á desmayarte otra vez... delante de la doncella?

INES. Dios mio!... la señora palidece... sin duda se pone peor... y yo no tengo aquí ni el pomito de sales, ni el vinagre inglés. (Se pone á registrarlo todo en el cajon de la mesa de la izquierda.)

JUANA. (Á Elisa.) Por Dios!... Delante de esa muchacha, que meterá más ruido!... (Á Inés.) Deje usted, Inés... no hace falta nada... mi hermana está mejor.

ELISA. Sí, mucho mejor.

JUANA. Diga usted á ese caballero, si vuelve, que lo sentimos mucho, pero que no podemos recibirle, porque nos vamos hoy mismo al campo, donde pasaremos toda la semana.

INES. Bien, señorita. (Con aire de importancia.) Que vuelva la semana que viene?

JUANA. Nada de eso... Estamos ya en verano, y desde hoy la señora no recibe á nadie, á nadie!... entiende usted?

INES. Descuide usted, señorita... se hará como usted lo manda.

JUANA. Puede usted retirarse.

INES. (Yéndose.) Puesto que la señorita no necesita mis servicios... (Váse por el foro.)

ESCENA X.

ELISA, JUANA, CÁRLOS, que llega por la izquierda con FEDERICO, que trae varios paquetes.

FED. Qué diablos, primo!... tranquilízate... no será nada.

CARLOS. (Yendo á Elisa con inquietud.) Y bien!... cómo te encuentras?

JUANA. Mejor... la jaqueca se le va pasando.

CARLOS. Respiro... porque á ese maldito doctor no se le encuentra por ninguna parte... he estado en su casa y acababan de llamarle para un cliente del barrio. He corrido en busca suya echando los bofes...

JUANA. Pobre hermano mio!

CARLOS. Y ya se había marchado... He tenido que volverme y he encontrado en la escalera á Federico que, habiendo desempeñado con tanto celo como inteligencia los encargos que le habeis confiado...

FED. Venía á dar á ustedes cuenta de ellos. (Á Juana.) Aquí tiene usted los bombones para el sobrinito. (Á Elisa.) Aquí la caja de perfumes, y ademas la sombrilla y el abanico para el campo.

CARLOS. Es inútil... porque nos quedamos en Madrid.

JUANA. No por cierto.

CARLOS. Elisa está indispuesta.

JUANA. Ya no lo está.

CARLOS. Puede recaer.

JUANA. Por eso le conviene el aire del campo... y así es que

en vez de partir esta tarde, vamos á marcharnos ahora mísmo.

CARLOS. ¿Y si se pone peor?

UANA. Tenemos en el Escorial un facultativo de mérito, que vale por toda la Aacademia de Medicina. (Á Elisa.) Vamos, dame el brazo. (Á Cárlos.) Dentro de veinte minutos estaremos dispuestas, cogemos nuestros sacos de viaje, y adios!

CARLOS. Cómo adios!... yo me voy con vosotras.

JUANA. Y la Bolsa?

CARLOS. No iré.

JUANA. Y ese importante negocio de que me hablabas ayer?

CARLOS. No hay para mí negocio más importante que el cuidado de mi muger. Elisa es mi tesoro, es mi vida entera, lo demas no me importa nada.

JUANA. (Bajo á Elisa.) (Oyes, hermana mia?)

ELISA. (Con resolucion.) Sí, partamos.

JUANA. Con mi sobrinito.

CARLOS. En familia!... tomaremos el tren de las tres... tren directo.

JUANA. Y el coche nos llevará á la estacion. Voy á mandar que enganchen. Ya te avisaré cuando todo esté listo.

ESCENA XI.

CÁRLOS, FEDERICO.

CARLOS. (Sacando un papel del bolsillo.) Démonos prisa... ahora que no están aquí... Toma, primo... tengo plena confianza en tu buen gusto y en tu actividad... te concedo el resto del dia para todas las compras que indica esta lista. (Se la entrega.)

FED. (Leyendo.) «Comprar un collar y unos brazaletes de diamantes.» Qué significa esto? «Por valor de tres mil duros.» Cómo, primo, tú das subsidios al extranjero?... y por quién?

CARLOS. Ese es mi secreto. (Frotándose las manos.) Continúa.

FED. (Leyendo.) «Elegir encajes por valor de mil duros, y ademas un cofrecito de cedro ó de palo de rosa para contener regalos de boda.» Cómo! te casas en segundas nupcias? tú, Cárlos Murguía, mi querido primo... y viviendo tu mujer!

CARLOS. Chit!... silencio!

FED. Adoptas la poligamia, como los *Mormones*!

CARLOS. Quieres callarte?

FED. Yo bien sé que en Madrid hay familias donde se ejerce, pero no se publican las amonestaciones.

CARLOS. Sí, pero olvidas que ayer fué el aniversario de mi casamiento...

FED. Y qué?

CARLOS. Que nunca se hacen regalos de boda más que al casarse, de lo cual resulta que al cabo de algun tiempo los regalos se han gastado y á veces tambien el cariño. Yo no seguiré ese sistema. Mientras mis negocios prosperen, el aniversario de mi casamiento será celebrado con una sorpresa que, recordando el pasádo, reanime el presente y garantice el porvenír.

FED. Primo, te estoy escuchando y me dejas estupefacto.

CARLOS. Ya lo creo; tú hubieras preferido una amante.

FED. (Sencillamente.) Hombre, era más natural.

CARLOS. (Con amor.) Pues bien; la amante que yo tengo es mi mujer! Quiero que ella encuentre todo eso mañana por la noche en nuestra casa de campo, en su mismo tocador... y para ello cuento contigo.

FED. Descuida; lo encontrará.

ESCENA XII.

DICHOS, INÉS, viniendo por el foro.

INES. Señor, el coche está enganchado; cuando usted quiera.

CARLOS. Voy!... voy á buscar á mi mujer.

FED. Y yo te sigo para despedirme de todos.

CARLOS. Y dar un apreton de manos á las señoras, eh?

FED. *Ça va sans dire*!...

CARLOS. No te olvidarás?

FED. Pierde cuidado; mañana mismo, por el primer tren...
(Vánse los dos por la derecha.)

ESCENA XIII.

INÉS sola mirándolos salir; despues ENRIQUE DE HERRERA.

INES. Eso es! todos se van, el padre, la madre, la hermana y el niño; siempre juntos, diciéndoselo todo entre sí, sin hacer la menor confianza á los criados. Oh! nunca podré acostumbrarme á una casa como esta! Mañana mismo me marcho de ella. (Da algunos pasos para irse y ve á Enrique, que entra por el foro, vestido con el uniforme diario de teniente de navío.)

ESCENA XIV.

INÉS, ENRIQUE.

INES. (Ah! el jóven de esta mañana!)

ENR. Está la señora?

INES. No señor.

ENR. Le ha entregado usted mi tarjeta?

INES. Sí; pero me encargó le dijese á usted que lo sentía mucho, que tenía que marcharse al campo.

ENR. Muy lejos?

INES. Al Escorial .. á una quinta que tienen allí los amos.

ENR. Bien está... volveré dentro de ocho dias.

INES. Usted es muy dueño... pero no se lo aconsejo.

ENR. Por qué?

INES. Mire usted, señorito, usted me interesa.

ENR. Muchas gracias.

INES. Estamos ya en verano y no se recibe aquí á nadie. Me lo ha dicho la señorita Juana, que tiene en mí toda su confianza...

ENR. (No podré verla!) Pero al ménos el señor don Cárlos...

INES. No está tampoco.

ENR. (Justo! es la hora de la Bolsa.) Voy á esperarle; él vol-

verá. (Toma una silla, se sienta junto á la mesa y se pone á leer el periódico.)

INES. Es que el señor se ha marchado al campo con las señoras.

ENR. (Echando la vista al periódico.) Al Escorial?

INES. Sí señor.

ENR. Á una quinta?

INES. Sí señor.

ENR. Junto á la estacion?

INES. Sí señor.

ENR. (Leyendo el periódico.) Ah!

INES. Qué?

ENR. Eso es! (Leyendo para sí.) «Se vende una casita de campo.» (Ya tengo lo que buscaba.) (Levantándose.) Mil gracias por los informes que me ha dado usted.

INES. Pero si yo no he dicho nada.

ENR. (Iré mañana mismo.) Gracias, gracias. (Váse rápidamente por el foro.)

INES. (Viéndole salir.) Pues señor, aquí hay algun secreto. (Despues de un momento de reflexion.) Ya no me voy de la casa!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon elegante.—En el foro una chimenea con un espejo, y á cada lado una puerta que da al jardin; dos puertas laterales. En medio una mesa con recado de escribir; á la izquierda, en segundo término, un costurero; á la derecha, junto á la puerta, dos sillones.

ESCENA PRIMERA.

ELISA y JUANA, viniendo por el foro, en traje de campo.

JUANA. Qué hermoso dia!... Qué mañana tan agradable!... Esta casita de campo está tan bien situada!

ELISA. (Con aire de fastidio.) Sí, pero es tan incómoda y tan pequeña!...

JUANA. Con tal que tenga donde alojar á algun amigo... Y luégo ese aroma de las flores... ese jardin tan verde y tan risueño....

ELISA. Un huertecillo... Es horroroso!

JUANA. Bah!... todos los jardines son bellos en el mes de mayo. Ademas voy á decierte en secreto una nueva prueba del cariño que te tiene tu marido.

ELISA. Oh!... no lo dudo.

JUANA. Quiere vender esta casa de campo para regalarte otra mucho mejor... pero ya veo que aunque fuese una residencia de príncipes, te parecería fea y miserable.

ELISA. Qué idea!

JUANA. En vano florecen para tí las rosas, en vano los pajarillos te saludan con sus más dulces trinos: tú no v e nada, tú nada oyes. Una sola idea te preocupa, una de esas ideas que nos desencantan de todo, que nos hacen soñar dichas quiméricas y nos vuelven insensibles á los bienes reales que poseemos.

ELISA. (Tristemente.) Es verdad.

JUANA. Pero bien pronto, lo espero, se disiparán esas nubes sombrías; el cielo se tornará sereno, y entónces echarás de ver que tienes juventud, belleza, fortuna, un buen esposo y un hijo como un serafin; el campo te parecerá bello, el sol riente, las flores perfumadas... y te encontrarás, en fin, lo que eres realmente, la más feliz de las mujeres!

ELISA. Es posible... pero entre tanto sufro mucho.

JUANA. Porque te complaces en tus pesares, porque tu único placer es entregarte á ellos. No sueñes, Elisa, no permanezcas inerte y pensativa, haz algo! Con el movimiento y la actividad es como se disipan los sueños. Los tres cuartos de hora que tú acabas de pasar suspirando, los he empleado yo en visitar el gallinero, la cocina y toda la casa de arriba abajo. He dado mis órdenes á todo el mundo y he castigado á mi sobrino que estaba haciendo diabluras; esto distrae, esto ocupa la imaginacion. Ahora ven conmigo, salgamos, vamos á ver la escuela de la aldea, los pobrecitos huérfanos, los enfermos que con tanta largueza socorre tu marido; hay muchas familias que le bendicen, que te hablarán de él!

ELISA. Mañana... hoy no.

JUANA. Ay! hermana mia, eres una enferma que compadezco y á quien hay que tratar con mucho mimo. Bien está. Iré yo sola, pero mañana... no admito excusas. Ademas, hoy tienes convidados, eso te concierne, arréglate como puedas, yo no pienso mezclarme en nada, es domingo y estoy de vacaciones. (Da algunos pasos para salir.)

ELISA. Oye, Juana, hay otro tormento de que no te he habla-

do; toda la tarde de ayer, toda esta mañana, me ha parecido que Cárlos estaba preocupado.

JUANA. Puede que tu aire pensativo le dé á él tambien en qué pensar y le haga concebir ideas que en otro caso no hubiera tenido... Es preciso que estés alerta!

ELISA. Lo estaré!

JUANA. Aunque lo más probable es que él no piense en nada, y que tú le atribuyas, para tu propio castigo, las sospechas que debiera tener. Desecha, pues, esos vanos temores que podrían dar lugar á otros verdaderos; ten confianza en tí misma y no te faltará nunca la de tu marido. Adios, chiquilla. (Váse por el foro.)

ESCENA II.

ELISA sola.

Por más que Juana diga, es indudable que Cárlos está inquieto, que algo le atormenta. Va y viene sin cesar, ha entrado dos veces en mi tocador, una de ellas no estando yo allí, y se ha turbado cuando le he sorprendido. Seguramente acababa de abrir mi armario de espejo; buscaría allí alguna cosa?... tendrá sospechas de que allí escondo algo?.... No me ha dicho nada; pero nunca le he visto así... Él és!....

ESCENA III.

ELISA, CÁRLOS, FEDERICO.

CARLOS. (Bajo á Federico.) (Por fin has venido... te esperaba con impaciencia!...

FED. Hombre, necesitaba tiempo para...

CARLOS. (Id.) Silencio!... Mi mujer?...) (Alto.) Cómo no has tomado el primer tren?

FED. Sale muy temprano... y tenía mucho que hacer.

ELISA. Te esperábamos para almorzar.

CARLOS. Sí; pero como eres un hombre tan ocupado!...

ED. Y tan aprovechado, deberías añadir.

CARLOS. (Riendo.) De veras?

FED. (Bajo á Cárlos.) (Los regalos saldrán de Madrid por el tren de las cuatro; los trae mi ayuda de cámara; yo mismo iré á buscarlos á la estacion ántes de comer, y los traeré aquí como equipaje mio. Eh! qué te parece?

CARLOS. (Id.) Calla, que nos está mirando.)

FED. (Alto á Elisa.) Primita, te has acordado de las cartas de recomendacion para Cádiz?

ELISA. Ya las escribí esta mañana.

FED. Me las darás luégo, éh?

ELISA. Cuando quieras.

CARLOS. (Alegremente á Federico.) Y qué tal compañía has traido en el tren?

FED. Oh! excelente... mujeres lindísimas... una jóven viuda que se ha casado en segundas nupcias y que iba á buscar á su nuevo marido á Valladolid; dos ricos fabricantes de Palencia, que fabrican el uno mantas y el otro bayetas; todo esto lo sabía yo desde la primera estacion... porque en los viajes se charla, se charla, y cada cual cuenta sus aventuras... Por cierto que me ha sucedido una...

CARLOS. Á ver... á ver!

FED. Cuando yo dije que iba al Escorial... á la casa de campo del señor Murguia, conocido negociante... un jóven que estaba en un rincon y que no había pronunciado aún una palabra... Era un hombre grave... un oficial de marina, á juzgar por su uniforme. El tal jóven, repito, exclamó... ó más bien, no... no exclamó nada... pero hizo un gesto que podría traducirse por esta exclamacion: *Ah*! ó por esta otra: *Oh*!... un gesto de sorpresa ó de admiracion... no sé á punto fijo... porque sin darnos la explicacion que esperábamos, volvió á caer en el silencio que había guardado hasta entónces. Hay más todavía: al bajar yo del tren en la estacion, ví que bajaba él tambien; esto podía ser casualidad... pero yo tomé el camino que conduce aquí, y él me siguió; llegué á la

verja y él detrás... y al abrirme la puerta tu hortelano, el tio Anselmo, le dejé inmóvil contemplando la fachada de la casa, que es sin duda de un buen estilo arquitectónico, pero que no tiene el privilegio de petrificar á los forasteros. Hé aquí mi aventura.

CARLOS. Que es sin duda interesante; pero dime...

ESCENA IV.

DICHOS, INÉS.

INES. Vaya una cosa extraña!

CARLOS. Qué ocurre?

INES. Figúrese usted señor... que al pasar yo por la casita del tio Anselmo, oigo que una persona pedía permiso para visitar la casa: me vuelvo y reconozco á un jóven que ayer mismo en Madrid...

ELISA. (Asustada.) (Nos ha seguido!)

INES. Preguntó con insistencia por el ama... ya sabe usted, señora.

ELISA. (Turbada.) Sí, creo recordar...

INES. Un oficial de marina.

FED. Mi hombre!

INES. (Á Elisa.) El mismo que me entregó la tarjeta para usted... y que volvió despues de haberse ustedes marchado... porque ha de saber usted que volvió, preguntando por usted y tambien por el amo... de modo que...

CARLOS. (Impaciente.) De modo que... es muy sencillo... porque usted hace un misterio de todo... Yo puse ayer de venta esta casa de campo, que no es del agrado de la señora... y vendrá tal vez á verla para comprarla.

ELISA. (Ah!... respiro.)

INES. Ya!... era por eso por lo que?...

CARLOS. Sin duda... ahora estará recorriendo el jardin, las caballerizas, las dependencias...

INES. No, señor.

CARLOS. Cómo no?

INES. Se ha metido en una calle de árboles, donde le he seguido de lejos; se ha sentado en un banco de madera... y allí está todavía sin menearse... Desde aquí se le puede ver, con la cabeza entre las manos, como si tuviera alguna idea... y con una agitacion...

FED. La verdad es que un comprador suele tener más calma y más sangre fria.

CARLOS. Y qué deduces de ahí?

INES. (Resueltamente.) Que no viene para comprar la casa... Lo que es á mí me da que sospechar.

FED. Y á mí tambien!

ELISA. (Yo desfallezco... y Juana que no está aquí!)

INES. Hay gentes que se introducen en las casas con malas intenciones... y yo me intereso tanto por los amos....

CARLOS. Vaya!... vaya!...

FED. (Bajo á Cárlos.) (Aquí está... ahora saldremos de dudas.)

ELISA. (Ah!... estoy perdida!)

ESCENA V.

ELISA, apoyándose en la mesa de la derecha. FEDERICO, CÁRLOS, INÉS, ENRIQUE, que viene por el foro.

CARLOS. (Á Enrique, que saluda respetuosamente á Elisa, la cual le devuelve el saludo sin mirarle, y despues á todos los demas.) Me han dicho, caballero, que desea usted comprar esta casa?

ENR. Así es, señor mio... y si convenimos en el precio...

FED. Este caballero es, segun creo, el que he tenido el honor de encontrar en el tren?

ENR. El mismo.

FED. Usted deseará ver las habitaciones?

ENR. En efecto... si ustedes me permiten...

FED. Conoce usted ya el jardin?

ENR. (Distraido.) Sí.

FED. Y qué le ha parecido á usted?

ENR. (Lo mismo y mirándo alrededor con embarazo.) Muy lindo.

FED. Y muy bien arreglado, verdad?... Y el puentecito chino?

ENR. Muy pintoresco.

INES. (Si no hay ningun puente!)

FED. Y el *chalet*?

NES. (No le hay tampoco!)

FED. Qué me dice usted del *chalet?*

ENR. Estilo suizo.

FED. Completamente suizo.

ELISA. (Me pierde y se pierde!)

FED. Pues bien, caballero, yo creo... y estoy seguro de que mi primo Cárlos será de mi opinion, que no es usted un comprador formal.

ENR. Qué quiere usted decir?

FED. Que no hay ni *chalet*, ni puentecillo suizo en esta finca.

ENR. (Diantre!)

FED. Y que no ha venido usted aquí ni para verla...

CARLOS. Ni para comprarla.

ENR. Es verdad, señores.

CARLOS. Entónces, á qué ha venido usted?

ENR. (Mirando alrededor con embarazo.) Á qué?...

ELISA. (Qué irá á decir?)

ENR. Quisiera no revelárselo (Dirigiéndose á Cárlos.) más que á usted, á usted sólo.

CARLOS. Retírense ustedes.

FED. (Bajo á Cárlos) (Hombre, no sé hasta qué punto es prudente...

CARLOS. (Con impaciencia.) Quieres dejarme en paz?) (Alto.) Retírense ustedes, repito.

ELISA. (Cómo saldrá del paso?) (Á Cárlos, que la mira con impaciencia.) Ya me voy, amigo mio. (Váse con Federico por la derecha.)

INES. (De fijo!... aquí hay algo.) (Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

CÁRLOS y ENRIQUE.

ENR. (Á quien Cárlos hace señas de que se siente.) Empezaré, caballero, por disculparme con usted por la manera como me he presentado en su casa. No había logrado que me recibiesen ni usted, ni esas señoras... y como no me quedan más que dos dias de licencia...

CARLOS. Perdone usted, señor mio... Quisiera saber ante todo con quién tengo el honor de hablar.

ENR. Enrique de Herrera, teniente de navío.

CARLOS. Cuya muerte han anunciado los periódicos!

ENR. Se han equivocado de persona y de grado... El difunto era un oficial general, mi pariente más cercano, mi bienhechor, el señor don Enrique de Herrera...

CARLOS. El contralmirante de la armada?

ENR. El mismo, que como padrino me dió su nombre, y como tio todo lo que poseía.

CARLOS. Usted es sobrino del contralmirante Herrera!... Oh! entónces tiene usted á la propiedad de esta quinta más derechos de los que usted pensaba... usted está aquí en su casa.

ENR. Qué dice usted?

CARLOS. Que á no ser por su tio de usted, yo no tendría ni esta finca ni nada en el mundo.

ENR. Es posible?

CARLOS. Y es que cuando un pobre jóven comienza su carrera, la primera tormenta que sobre él descarga, le arroja á la costa, le echa á pique, como dicen ustedes los marinos. Y así me hubiera sucedido á mí. Naufragué en mis negocios á los pocos años de establecerme, y nadie me ayudaba á salvarme, nadie me tendía la mano. Sólo su tio de usted tuvo confianza en mí, en mi inteligencia, en mi probidad... se atrevió á anticiparme unos cuantos billetes de Banco, y esto me salvó. Sí, me prestó diez mil duros, que yo le devolví al cabo de un año...

pero no por eso me considero solvente... al contrario, siempre me he tenido por deudor á él... ó á los suyos, si es que encontraba alguno en mi camino!... Ya ve usted si tengo motivo para decirle, toque usted, (Tendiéndole la mano.) está usted en su casa.

ENR. Caballero, no sé cómo agradecer tan amable acogida.

CARLOS. Cómo!... hablándome francamente!... Los jóvenes, aun cuando sean marinos, pueden verse en la posicion en que yo me he visto... y... mire usted, señor Herrera, dejémonos de frases... Soy ahora rico... De usted depende que yo sienta aquí (Llevándose la mano al corazon.) una alegría que le agradeceré á usted toda la vida.

ENR. (Vivamente y estrechándole la mano.) Ah! es usted un hombre dignísimo... Gracias, caballero, gracias... no necesito nada... mi tio me ha dejado toda su fortuna.

CARLOS. (Naturalmente.) Lo siento .. no, quiero decir...

ENR. Una fortuna considerable... Ocho mil duros de renta.

CARLOS. Veo que en esta ocasion no tengo suerte.

ENR. Pero aún puede usted hacerme un favor inmenso.

CARLOS. Ah!... hable usted, hable usted, jóven.

ENR. Permítame usted ante todo contarle mi historia.

CARLOS. Como á un amigo, como á un hermano, verdad?... Aquí estamos en familia.

ENR. Pues bien, caballero... éramos dos hermanos, mi hermana y yo, huérfanos desde niños, y ambos á cargo de mi tio... Mi hermana fué llevada á un convento de educandas, el mismo en que ha estado su esposa de usted... y en cuanto á mí, hijo de marino y sobrino de marino, mi carrera estaba trazada... Entré en San Fernando, en el colegio de marina, salí de allí con el grado de aspirante, hice tres campañas, la última á las órdenes de mi tio, en la fragata *Vitoria* y en una expedicion marítima que duró cuatro años. Durante nuestra ausencia, estalló una revolucion... mi tio, que tenía compromisos con el régimen caido, emigró al extranjero, y yo no quise separar mi suerte de la suya. Pero perdóneme usted estos pormenores.

CARLOS. Oh!... yo quiero saberlos todos. No omita usted ni uno solo. El verdadero amigo es el que sabe escuchar.

ENR. Mi hermana se quedó en España, en un pueblecito cerca de Bilbao. Atacada de una enfermedad incurable, quiso verme... Yo partí tan pronto como recibí su carta... viajé dia y noche, pero en vano, llegué demasiado tarde... Entónces eché de ver que en la precipitacion de mi partida, no había sacado ni licencia ni pasaporte. Me apresuré á salir de España y bajo un nombre supuesto, Arturo San Martin, me dirigí á Francia, con intencion de trasladarme desde allí á Inglaterra... pero como el ferro-carril estaba interceptado por una partida insurrecta, tomé asiento en una mala diligencia, donde iban tambien cuatro señoras y un caballero. El caballero era un médico militar; en cuanto á las damas, una de ellas era anciana y muy amable, otras dos bastante bellas... la restante encantadora... Las cuatro se dirigian á las inmediaciones de Bayona, á la quinta de Bellevue.

CARLOS. La de mi tia Gertrudis, que adoraba á mi hermana, y que todos los años se la llevaba á pasar una temporada en sus posesiones de Francia.

ENR. En efecto.

CARLOS. Hénos ya entre gente conocida. Continue usted.

ENR. Ya he dicho que la diligencia era malísima. Pues bien, los caballos corrian parejas con ella, y el mayoral iba borracho. De aquí las alarmas de las damas, á quienes el doctor y yo tranquilizábamos lo mejor que podíamos. El coche, en vez de ir por medio de la carretera, corría á lo largo de un ancho foso, y la señora anciana, mi vecina, exclamaba á cada paso: «Apuesto á que vamos á volcar!»

CARLOS. Y qué?...

ENR. Que acertó y caimos en el foso... Yo traté de librarla de la caida, pero con tan mala suerte, que me rompí un brazo.

CARLOS. Ah, pobre jóven!

ENR. Estábamos en medio del camino.

CARLOS. Qué apuro!

ENR. Afortunadamente teníamos un cirujano, un hombre habilísimo, que en un momento descosió la manga de mi levita é hizo vendas con los pañuelos de las señoras. Pero necesitaba un ayudante, aunque no fuese más que para sostenerme el brazo mientras él unía los fragmentos... y aquí de los apuros. El mayoral... no había que contar con él, y las señoras temblaban de espanto á la sola idea de tomar parte en la operacion. Una sola de ellas, échando en cara á las otras su debilidad, exclamó tranquilamente: «Aquí me tiene usted, doctor, qué debo hacer?» Y modesta y pura como una hermana de la caridad, sostuvo mi brazo sin temblar, sin inmutarse... digo mal... sólo cuando se concluyó la operacion, bajó los ojos y se puso encarnada como la grana.

CARLOS. Ah! excelente jóven!

ENR Era su hermana de usted.

CARLOS. Ya lo sospechaba yo; no hay accion valerosa, no hay rasgo de bondad y de modestia de que Juana no sea capaz.

ENR. Á quién se lo dice usted? La señora mayor, no queriendo abandonar á su caballero, me hizo aceptar la hospitalidad en su quinta, y en los ocho dias que pasé al lado de esa señorita he podido apreciar todas sus bellas cualidades. Qué expansion, qué gracia, qué bondad, qué firmeza de carácter! Hé aquí, me dije entónces, hé aquí la verdadera mujer de un marino; juro no casarme con otra!

CARLOS. (Con alegría.) De veras?

ENR. Pero supe por su tia que era rica y yo no poseía nada en aquella época: vivía á expensas de mi tio y no podía ofrecer una posicion á la que hubiera de unirse conmigo. Hoy es otra cosa, hoy puedo ya aspirar á la mano de la señorita Juana. No tenía el gusto de conocer á usted, pero su señora esposa se educó en el colegio de mi her-

mana, la ví allí algunas veces y contaba con ella para que hablase en favor mio. Así es que tan pronto como llegué á Madrid, me presenté en su casa de usted dos veces, pero inútilmente... una criada me dijo que la puerta estaba cerrada para toda visita extraña, por órden expresa de la señorita Juana.

CARLOS. De Juana?

ENR. Es eso cierto?

CARLOS. No lo extrañaría. Escúcheme usted, amigo mio; desde luégo le prevengo que le acepto á usted por cuñado, que tiene usted de antemano mi consentimiento.

ENR. Eso es ya mucho.

CARLOS. No es todavía nada. Figúrese usted que mi hermana... ayer mismo tuvimos una disputa por eso, no quiere de ningun modo casarse.

ENR. Ah! qué me dice usted?

CARLOS. Es una idea fija, una conviccion arraigada. Así es que ha rehusado todos los pretendientes que ha tenido.

ENR. Todos!... eso es un consuelo para mí.

CARLOS. Cualquiera diría que los prevé, que los adivina; todo el que es jóven ya le inspira sospechas. Usted está entre los sospechosos, condenado de antemano y puesto en el índice.

ENR. Pero presentado por usted...

CARLOS. Tendría usted aún ménos probabilidades; no parece sino que yo quiero dictarle leyes ó imponerle una tiranía segun se revela contra mí; todos aquellos á quienes hasta ahora he protegido han sido despiadadamente rechazados.

ERR. (Vivamente) Entónces, no me proteja usted.

CARLOS. (Estrechándole afectuosamente la mano.) Oh!... cuente usted con ello. Pero puedo dar á usted un buen consejo: trate usted de conquistar á mi mujer, en esto estriba todo. Las dos cuñadas están íntimamente unidas y se confian todos sus secretos. Yo le ayudaré á usted.

ENR. Cuánta bondad!

CARLOS. Yo rogaré á Elisa, yo le ordenaré, si es preciso, que

dispense á usted una buena acogida, que se interese por usted. Justamente viene aquí. Ah! la acompaña su doncella, vaya usted á esperarme al jardin, yo iré pronto á buscarle...

ENR. Bien está, en sus manos de usted pongo mi suerte.

ESCENA VII.

INÉS, ELISA, CÁRLOS.

INES Conque, señora, qué vestido quiere usted ponerse?

ELISA. (Con impaciencia.) Ahora lo veré... dentro de un instante.

INES. (Observándola.) Oh! si la señora está ocupada, yo esperaré todo lo que sea preciso.

ELISA. Sí, sí, espere usted. (Ah! me muero de inquietud; qué le habrá dicho para justificar su presencia?)

CARLOS. (Bajo á Elisa.) Lo sé todo, conozco sus intenciones.

ELISA. (Con espanto.) (¡Cielos!)

CARLOS. (Con confianza.) Es un amante, un pretendiente, viene por Juana.

ELISA. Por Juana?

CARLOS. Él mismo me lo ha confesado.

ELISA. (Nos hemos salvado!)

CARLOS. El pobre espera que tú secundarás sus proyectos, y yo, querida mia, te lo ruego.

ELISA. (Turbada.) Yo... yo, amigo mio!... Y cómo?

CARLOS. Tú te entenderás con él para eso; pero no hableis delante de Juana. Es tan sagaz, que al primer golpe de vista, lo adivinaría todo.

ELISA. Pero permíteme...

CARLOS. Mi hermana y yo tenemos que hacer á las tres una visita á los huérfanos y los enfermos pobres del pueblo.

ELISA. Pero amigo mio...

CARLOS. Aprovechad ese tiempo... aquí, en el saloncito...

ELISA. Sin embargo...

CARLOS. Calla delante de Inés. Es tan curiosa!...

ELISA. Pero...

CARLOS. Voy á avisarle; cuento contigo.

ELISA. Escucha...

CARLOS. Nada... es cosa convenida... á las tres... ya sabes. (Váse.)

ELISA. (Despues de un momento de silencio.) Oh! esto es demasiado, prefiero decírselo todo. (Da algunos pasos para seguir á Cárlos y se encuentra frente á frente con Inés.)

ESCENA VIII.

ELISA, INÉS.

Esta última ha estado arreglando flores en un vaso, á la derecha, durante la escena antertor.

ELISA. Ah!... mi vestido; ya se me olvidaba.

INES. Cuál quiere usted ponerse, señora?

ELISA. Ninguno... he cambiado de idea; me quedo con éste.

INES. Como usted guste. (Mirando á Elisa con interés.) Pero crea usted, señora, que me da pena.

ELISA. (Asombrada.) De qué?

INES. De ver á usted tan inmutada, tan descolorida! Temo mucho que se ponga usted mala.

ELISA. Yo!

INES. Ó que tenga usted algun pesar, algun disgusto. Ya sabe usted, señora, que por ahorrarle á usted la menor incomodidad sería capaz de arrojarme...

ELISA. Al fuego!... sí, ya lo sé, gracias; déjeme usted ahora.

INES. Bien, señora. (Qué tendrá?) (Váse por la derecha.)

ESCENA IX.

ELISA sola, mirándola salir.

Sospechará algo esta muchacha? No, es efecto de su celo; pero siempre se me figura... como si todo el mundo conociese ya mi secreto! Dios mio! ya no me acordaba, él va á venir! Este momento que yo he soñado, que yo he deseado tanto tiempo, ahora me llena de turbacion y de terror! Qué me dirá?... y qué le respon-

deré yo?... Ah! quisiera que no viniese... sería mucho mejor. Oigo pasos... se acercan... él es!... estoy perdida! (Se deja caer en un sillon á la derecha, junto á la mesa.)

ESCENA X.

JUANA, ELISA.

JUANA. (Con su labor.) Ya he terminado mis visitas.

ELISA. Ah!... eres tú?

JUANA. (Alegremente.) Yo misma. Me lo preguntas con un aire tan trágico!... Qué tienes?

ELISA. Yo?... nada... es que Cárlos me había dicho que á las tres iríais juntos á visitar á los pobres y los enfermos del pueblo.

JUANA. (Sentándose y tomando su labor.) Sí, pero le he suplicado que vaya él solo, porque yo ya he estado; de allí vengo ahora.

ELISA. (Volviéndose y viéndola sentada.) De modo que te quedas aquí?

JUANA. Sí; vóy á trabajar á tu lado, á hacerte compañía. (Dan las tres en el reloj y Enrique aparece en una de las puertas del foro)

ELISA. (Ah!) (Le hace señas de que se aleje, señalándole á Juana.)

ENR. (No está sola... volveré.) (Váse.)

ELISA. (Se retira!)

JUANA. (Levantando la vista y mirándola.) Pero qué tienes, mujer? parece que estás turbada.

ELISA. Es que en tu ausencia han sucedido aquí una porcion de cosas terribles, y cuando tú me dejas, aunque sólo sea por un instante, ya no sé lo que me pasa.

JUANA. Dí, pues, mujer, habla!

ELISA. En primer lugar, tú creías que refugiándonos en el campo, nos libraríamos de la persecucion de Enrique... pero no le conoces, Juana mia; no sabes de lo que es capaz un amor como el suyo.

JUANA. Bien, y qué?

ELISA. Que mientras tú estabas en el pueblo, él se ha introdu-

cido aquí so pretexto de examinar interiormente la casa que, como sabes, está de venta. Le he vuelto á ver, ahí, delante de mí, y me he sentido morir. Á él mismo le ha contagiado sin duda mi turbacion, porque permanecía cortado y sin saber qué decir; de aquí las sospechas de mi marido, aumentadas por las rechiflas de Federico y las observaciones de Inés.

JUANA. No te lo decía yo?

ELISA. Era evidente que Enrique no venía para comprar la casa; que su visita tenía otro motivo. «Cuál? preguntaba Cárlos con ira, cuál?» Cómo salir del apuro? Qué pretexto alegar? Yo lo creía todo perdido, cuando á él le ocurrió una idea atrevida, ingeniosa! una de esas ideas que sólo puede inspirar el amor. «Caballero, dijo á mi marido, vengo aquí por su hermana de usted, la señorita Juana...»

JUANA. Por mí!

ELISA. «Y tengo el honor de pedir á usted su mano.»

JUANA. Pues me gusta!

ELISA. Ten paciencia y escucha. Cárlos, lleno de satisfaccion, le ha ofrecido desde luégo su amistad, su proteccion y ha hecho que se quede aquí en casa, sin duda para hacerte la córte.

JUANA. Pero eso no es posible.

ELISA. Mas aún; me ha suplicado que me interese contigo en favor de Enrique, y para defender mejor su pretension, quiere que yo le conceda una entrevista sin que tú lo sepas.

JUANA. No vuelvo de mi asombro.

ELISA. Así es, que le esperaba en este salon á las tres. (Gesto de Juana.) por órden de mi marido; pero él al verte aquí se ha retirado.

JUANA. Gracias á Dios!... pero esto no puede continuar así! Yo ayudarte á engañar á mi hermano!

ELISA. No, no!. . pero...

JUANA. No comprendes el indigno papel que le haces desempeñar, y á que yo sirvo de pretexto?... El marido á quien

se engaña, aun cuando fuese el hombre más noble, se convierte en un objeto de ridículo... Y yo lo sufriría! Nunca! voy á decírselo todo.

ELISA. Y á destruir para siempre su reposo y su felicidad!

JUANA. (Deteniéndose.) Ah! tienes razon! (Despues de un momento de silencio.) Callaré!... pero con una condicion.

ELISA. Cuál?

JUANA. Desterrar desde ahora y para siempre á ese jóven de esta casa y de tu memoria.

ELISA. Despedirle! y cómo?

JUANA. Diciéndole tú misma, con valor, abiertamente: Váyase usted! Por lo demas, eso es cosa tuya; yo no me mezclo en nada, te dejo; pero es preciso que él parta!...

ELISA. Partirá!

JUANA. Bien: cuento con tu palabra. (Váse por el foro.)

ESCENA XI.

ELISA sola.

Ella creerá que es fácil! decir á un hombre que me ama, que todo lo ha arriesgado por acercarse á mí, decirle con dureza, con crueldad: Váyase usted! Oh! conozco que no tendré valor para hacerlo; y si él se echa á mis piés, si llora... Oh! entónces se quedará, y yo... yo... No, no le veré, es preciso que parta, y lo más seguro, lo más prudente, es escribirle, confiarme á él. Al fin es un hombre de honor, y luégo, escribiendo, se dice todo lo que se quiere y nada más! no es como si él estuviera delante... (Sentándose á la mesa y escribiendo.) dos palabras bastarán... No, no es eso... le digo demasiado!... (Arruga el billete, se le mete en el bolsillo y empieza otro.) Mejor será ponerle... tampoco es esto... ahora no le digo bastante... (Mete el segundo billete en el bolsillo, y se pone á escribir el tercero.) Es preciso, sin embargo, concluir pronto, porque si álguien vinie-

ra... si me viesen escribir... (Deteniéndose.) Creo oir los pasos de mi marido... (Oculta rápidamente el tercer billete; se levanta y mira alrededor.) No!... no es nada!... (Llevando la mano á su corazon.) Ah! qué agitacion siento!... no es posible vivir así!... (Escribiendo de pie y mirando alrededor.) «Parta usted, caballero...» Tiemblo como un azogado... no va á entender la letra... «Váyase usted, por »favor... si me ama usted... si como creo es usted dig»no de... de... (Buscando la palabra.) mi estimacion...» Esto es muy seco!... Y de... de la ternura... no... de afecto... es mejor!... «del afecto que á usted profeso...» Ah! esta palabra está demás... pero ya la he escrito y no puedo tacharla... ni empezar de nuevo... (Cayendo en un sillon.) No tengo fuerzas para ello!... Ahora, cómo hacer llegar á él esta carta?... Dársela yo misma... de mano á mano?... No, no me atrevería... Si alguno me viese!... Ademas, soy tan torpe... que cometería alguna inconveniencia... de fijo!... Rogar á Juana que se encargue de entregársela... Es tan rígida!... (Viendo á Inés, que viene con flores y las pone en la jardinera á la derecha.) Ah!... Inés... me tiene mucha ley y puedo contar con ella. (Cerrando rápidamente el billete.) Llevar una carta á su destino... no tiene nada de particular... (Llamando.) Inés!

ESCENA XII.

INÉS, ELISA.

INES. (Acercándose.) Señora!...

ELISA. (Tomaré, si puedo, un aire indiferente.) (Dándole la carta sin volver la cabeza.) Esta carta, á don Enrique de Herrera.

INES. (Tomando la carta.) Al oficial de marina! Allí está en la calle de los tilos; si la señora quiere, puedo ir á llamarle.

ELISA. (Turbada.) No... no es necesario.

INES. Lo digo, porque si esa carta es para él...

ELISA. (Vivamente.) No... para él no... para uno de sus amigos... una carta de recomendacion... ya sabe él... vaya usted. (No sé lo que me digo.)

INES. Pierda usted cuidado, señora... Dentro de un instante estará la carta en sus manos... y si alguna cosa...

ELISA. Bien, bien, vaya usted!

INES. Voy volando y vuelvo! (Se va corriendo por la derecha y desaparece.)

ESCENA XIII.

ELISA, sola y sentada.

Ah! creí que esa muchacha no se marchaba. (Levantándose.) Por fortuna él recibirá al momento mi carta... (Mirando por el foro.) Dios mio!... Inés ha encontrado á Federico... se detiene!... se pone á hablar con él! (Volviendo al proscenio.) Qué le estará diciendo?

ESCENA XIV.

ELISA, INÉS.

INES. (Al paño.) Vaya! Qué cosas tiene usted, señorito! devuélvame usted la carta...

ELISA. Qué es eso?

INES. (Entrando.) Qué ha de ser?... Que iba yo corriendo y he tropezado con don Federico...—Qué carta es esa? me ha dicho: «Un billetito de amor!» y me la ha cogido.

ELISA. (Muy conmovida.) Qué audacia!

INES. Qué le importaba á él, verdad, señorita? Yo le dije:—«No; es una carta de recomendacion que ha escrito la señora á un oficial de marina.»

ELISA. Y qué necesidad tenía usted? ..

INES. Pero él ha exclamado entónces:—«Ah! ya sé lo que es; excelente prima! es para mí: la carta que me había prometido; descuida, yo la llevaré á su destino.» Y se la guardó: y por más que yo quise quitársela...

ELISA. (Muy incomodada.) Mover tanto ruido, tanto escándalo!

INES. Qué quiere usted, señora? Cuando á mí se me da un encargo!...

ELISA. Una escena que hubiera podido atraer gente!

NES. Ya lo creo!... como que vino el amo.

ELISA. (Con espanto.) (Dios mio!)

NES. Y tambien la señorita Juana, que disputaba con él... Don Federico se marchó, y yo he corrido á avisar á usted y á preguntarle qué debo hacer ahora.

ELISA. (Vivamente.) Nada! (Bastante es ya lo que ha pasado.)

INES. Si quiere usted que vaya á pedir esa carta á don Federico de parte de usted...

ELISA. No, mil veces no... no quiero nada... déjeme usted.

INES. Bien está, señora, no sabía yo que fuese tan importante esa carta. (Váse por la derecha.)

ELISA. Suposiciones ahora? esto sólo me faltaba. Esa carta en manos de Federíco... y Juana que no sabe nada... voy á prevenirla... Ah! aquí viene con mi marido.

ESCENA XV.

ELISA, JUANA, CÁRLOS.

JUANA. (Á Cárlos.) No insistas, hermano mio, eso no puede ser... y si no que lo diga Elisa.

CARLOS. Corriente! me someto á su arbitrage. (Tira sobre la mesa de labor un número de «La Revista de España» que llevaba en la mano.)

ELISA. (Bajo á Juana.) (Necesito hablarte.

JUANA. (Lo mismo.) Imposible.)

ELISA. Qué es ello?

CARLOS. Escucha. Juana ha sabido por tí que acabo de recíbir la visita de un jóven, un marino, don Enrique de Herrera, que hoy comerá con nosotros.

JUANA. Adelante.

CARLOS. Y qué pretende en suma ese dignisimo jóven?... Pues ni más ni ménos que el permiso para frecuentar esta

casa, para tributar sus homenajes de cariño á Juana, para hacerse amar de ella.

JUANA. (Con indignacion.) Jamás!

CARLOS. Y por qué?

JUANA. No necesito decirlo.

CARLOS. Pero mujer, es presciso dar alguna razon.

JUANA. Razon... razon... tengo una que vale por todas. Ya te lo he dicho, no quiero casarme, y por consiguiente es inútil admitir ningun pretendiente á mi mano.

CARLOS. (Insistiendo.) Pero Herrera merece una excepcion, no es verdad, Elisa? Es jóven, es amable, es apasionado... en fin, que diga mi mujer.

JUANA. Oh! esto es demasiado.

CARLOS. (Enfadándose tambien.) Demasiado... por qué? Yo no te pido que te cases con él inmediatamente, sino que admitas sus obsequios!

JUANA. Yo!

CARLOS. (Encolerizándose.) Tú!... tú!... Has de rechazarle sin haberle visto siquiera, sobre todo cuando sabes que es amigo mio, que es sobrino de mi bienhechor? Mira hermana, yo he sido hasta aquí bueno é indulgente contigo, pero la bondad tiene sus límites, y si persistes en una resolucion tan absurda, si no has de hacer por mí el menor sacrificio, ni tenerme la menor consideracion, creeré que no caben en tu corazon ni la amistad ni la gratitud; que no me quieres, que nunca me has querido.

JUANA. Yo!... yo que ahora mismo!... Mira, Cárlos, este es el primer disgusto que hay entre nosotros.

CARLOS. (Con emocion.) Yo no tengo la culpa, verdad, Elisa? y si ella cede...

JUANA. (Haciendo un esfuerzo.) Pues bien... cedo... consiento.

CARLOS. En ver á ese jóven... en recibirle?...

ELISA. (En tono de súplica.) Nada más.

JUANA. Sea!... pero si despues de verle y de oirle, no me agrada, me prometeis los dos despedirle?

CARLOS. Convenido, él es!

ESCENA XVI.

ELISA, CÁRLOS, ENRIQUE, JUANA.

CARLOS. (Dirigiéndose á Enrique y cogiéndole de la mano.) Mi querida Juana, te presento á mi amigo el señor don Enrique de Herrera. (Enrique se adelanta y saluda á Juana. Ésta, despues de haberle hecho una cortesía, alza los ojos y hace un gesto de sorpresa.)

JUANA. (Arturo San Martin!...)

ENR. Cuento, señorita, para ser bien acogido por usted, con antiguos recuerdos...

JUANA. (Y se atreve á evocarlos!)

ENR. Y sobre todo con su bondad y su indulgencia.

JUANA. (Conmovida.) Tiene usted ya, caballero, tantos protectores... tantas personas que le defienden y le aman, que no debe usted dudar del éxito, pero...

ENR. Ah!... hay un pero?

CARLOS. (Alegremente.) Pardiez!... le hay en todas las cosas de la vida.

ENR. Yo me consideraré dichoso si no es más que uno. Y cuál, señorita?

JUANA. (Friamente.) Ya lo diré más adelante!

CARLOS. Tiene razon, no pensemos ahora más que en comer. (Á Elisa.) Nuestros convidados nos esperan en el saloncito; tenemos á todas los notabilidades del pueblo, el alcalde y el administrador del patrimonio, que es un hombre amabilísimo. En cuanto al director del colegio, me escribe diciéndome que vendrá á tomar el café con nosotros, y de paso me invita á leer un artículo científico que ha publicado en la *Revista de España*. Es todo un sabio!... No nos falta, pues, más que tu primo Federico. (Bajo á Enrique.) (Otro pretendiente, pero no se inquiete usted por eso...) (Y en verdad que ya debía haber vuelto de la estacion.) Ah! aquí le tenemos. (Se dirige á Federico al llegar al foro.)

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS, FEDERICO.

FED. Traigo un apetito devorador! (Bajo á Cárlos.) (Los encargos han llegado sin novedad; ya los he puesto sin que nadie lo vea en tu gabinete.) (Alto, viendo á Enrique.) Ah! está aquí este caballero?

CARLOS. (Presentándosele.) Sí, este caballero, que decididamente no venía á comprar la casa, sino á un negocio mucho más importante.

FED. Cuál?

CARLOS. Ya lo sabrás.

JUANA. (Ah! qué indignidad!)

CARLOS. (Continuando.) Un distinguido marino: el señor don Enrique de Herrera.

FED. Don Enrique de Herrera! (Mirando á Elisa.) Justamente tengo aquí para él una recomendacion.

ENR. Estoy á las órdenes de usted, caballero. (Se oye una campana.)

CARLOS. (Alegremente.) La mesa está servida.—El brazo á las señoras. (Enrique ofrece el suyo á Juana.)

ELISA. (Á Federico, que se acerca á ella.) Sí, pero esa carta...

FED. Ah! qué buena eres, primita!

CARLOS. Qué es ello?

FED. Elisa ha escrito en mi favor al señor de Herrera una carta de recomendacion.

CARLOS. Que debe ser encantadora, estoy seguro.

FED. Ya se la daré despues de comer.

CARLOS. Perfectamente! la leeremos juntos.

ELISA. Ah!

FED. Que tienes?

ELISA. Nada, nada. (Toma el brazo de Federico y siguen á Enrique y á Juana.—Cárlos sale el último.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el segundo.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE solo, subiendo del salon de la derecha.

No vuelvo de mi asombro! Este dia, de que yo me había formado de antemano una idea tan halagüeña, no ha sido para mí más que una série de decepciones. Juana no parece la misma que yo conocí y que tanto me encantó en otro tiempo. Cierto que es como siempre graciosa, amable, solícita con todo el mundo; pero conmigo tiene una urbanidad glacial, un aire de ironía, que se descubre hasta en sus menores palabras. Qué le he hecho yo? Cuál es mi crímen? Aspirar á su corazon, presentarme á ella con el consentimiento de su hermano... no veo en esto nada que pueda ofenderla ni justificar la expresion de desden que parece vagar en sus labios! Segun la idea que yo tenía de su carácter, esperaba de ella, aun en caso de negativa, una explicacion franca y leal que en vano he querido provocar de sobremesa. Pero lo que más me extraña es su cuñadita, la señora de Murgía... Qué diablos! yo no he venido aquí á casarme con ella, y sin embargo, parece

tambien haber tomado á empeño el huir de mí. Cuando, me acerco á ella, se refugia junto á su hermana; cuando le dirijo la palabra, apenas me responde; cuando le ofrezco el brazo para salir del comedor, cualquiera diría que tiembla de miedo! Seré yo algun espantajo par toda esta familia? Luégo el primito... un charlatan, un fátuo, un impertinente, que se precia de hacer la córte á las dos damas. Felizmente le he dado una leccion, que creo no olvidará mientras viva. Nadie me apoya aquí más que el señor de Murgía... el buen hombre tiene tanto deseo de que yo logre mi pretension, que se figura que todo va perfectamente.

ESCENA II.

ENRIQUE, CÁRLOS.

CARLOS. (Viniendo por la puerta de la derecha.) Qué me dice usted, amigo mio? Para ser la primera entrevista me parece que no va mal, eh?

ENR. Usted cree?...

CARLOS. Hay que tener en cuenta el carácter de Juana. Ayer, sin ir más léjos, se rebelaba á la sola idea de casarse, y hoy ya renuncia al celibato, porque eso viene á ser el admitir un pretendiente á su mano.

ENR. Entónces explíqueme usted por qué á la menor palabra que le dirijo, muestra un despecho, una ira...

CARLOS. Es muy natural. Se enfada consigo misma, porque su corazon no resiste más... porque conoce que va á amarle á usted.

ENR. Ah! si eso fuese verdad!... En fin, con tal que llegue un dia en que me ame, yo aguardaré todo lo que sea preciso.

CARLOS. No será mucho, estoy seguro. Oh! y yo me alegraría tanto! Hoy sobre todo, porque hoy es un dia para mí sagrado; hoy es el aniversario de mi casamiento! Dispénseme usted que le haya dejado solo despues de comer; tengo un asunto que me preocupa mucho.

ENR. (Vivamente.) Cuál, amigo mio?

CARLOS. (Misteriosamente.) Un regalo para mi mujer; joyas, vestidos, encajes que he mandado traer de Madrid y que quisiera colocar artísticamente en su tocador; mas para que la sorpresa sea completa, es preciso impedir que entre Elisa hasta que todo esté arreglado, y eso no es fácil. Hé aquí lo que me preocupa.

ENR. Qué bueno es usted, amigo mio!

CARLOS. Oh! esa bondad no es más que egoismo; yo gozo en agradar á mi mujer; soy feliz viéndola hermosa y contenta! Ya, ya comprenderá usted esto cuando lleve á Juana al baile de la boda.

ENR. Usted espera?...

CARLOS. Cuando le dé usted el brazo, cuando la miren todos y oiga usted murmurar á su lado: «Hermosa mujer!»

ENR. La confianza de usted hace renacer la mia; muestra usted tanta esperanza que yo empiezo ya á tener alguna.

CARLOS. Y hace usted bien; desde luégo mi mujer es como yo mismo, está por usted.

ENR. No sé qué le diga á usted, amigo mio.

CARLOS. Usted lo duda? y por qué? qué le induce á usted á creer?...

ENR. Me parecía haber notado...

CARLOS. Vaya! vaya! Ella le distingue á usted mucho; pues qué, no lo veo yo? Y esa carta de recomendacion que ha dado á Federico para usted...

ENR. (Sonriendo.) No servirá tal vez de nada; hace un momento hemos tenido ese caballerito y yo unas palabras y...

CARLOS. Por qué?

ENR. (Mirando á la derecha.) Ah!

CARLOS. Qué sucede?

ENR. Es ella, su hermana de usted!

CARLOS. Bien, pero no tiemble usted por eso... hombre, usted! un marino!

ENR. Es que este momento va á decidir de mi suerte; háblela usted, interróguela usted, trate de averiguar lo que

piensa con respecto á mí, y su respuesta me dirá si debo partir ó quedarme. Le dejo á usted con ella. (Váse foro izquierda.)

ESCENA III.

JUANA, CÁRLOS.

CARLOS. Pobre jóven! me interesa mucho su suerte! No comprendo que mi hermana sea con él tan esquiva! (Á Juana.) Hola! Juanita, qué me dices? (Viendo que guarda silencio.) Callas? (Buena señal.) Ya ves que un novío, visto de cerca, no es tan fiero como tú te imaginabas. Vamos! háblame con franqueza.

JUANA. Tú has querido que le viera, que le recibiese...

CARLOS. Y qué?

JUANA. Que ha venido, le he visto...

CARLOS. (Frotándose las manos de gusto.) Y ha vencido, como César?

JUANA. No!

CARLOS. Cómo no? .. pues á todas las damas que teníamos á la mesa les ha parecido perfectamente, y lo que es yo, soy de su opinion.

JUANA. No lo dudo, pero yo no.

CARLOS. Un jóven que te ama, que te adora, y no es poco ciertamente, porque tú no estás amable estos dias. Siempre te había creido una mujer discreta, pero hoy echo de ver que eres caprichosa, testaruda, qué sé yo? Y él, sin embargo, quiere casarse contigo! Pobre jóven!

JUANA. Eso prueba, hermano mio, que la simpatía no se impone, y que yo no tengo la culpa de agradarle, como él no la tiene tampoco de disgustarme á mí.

CARLOS. (Irritado.) Ese es un modo de discurrir...

JUANA. Al cual nada tienes que oponer. Tú y Elisa me habeis dicho: «Recíbele, y despues, si no te agrada, le despediremos.» Pues bien, cumplidme la palabra.

CARLOS. (Procurando contener su cólera.) Mira, Juana, eso que tú quieres... echar de casa á un amigo... más aún, que le

eche yo mismo... es una traicion, un abuso de confianza.

JUANA. Tú me lo has prometido.

CARLOS. (Fuera de sí.) Pues bien, sí, lo haré... lo haré ya que te empeñas... pero desde ahora no quiero verte ni oirte... no, no te perdonaré jamás esta accion!... Que tú faltes á la amistad, poco te importa! pero hacerme á mí faltar tambien!... Oh! eso es inícuo!

ESCENA IV.

JUANA sola, mirándole salir.

Pobre Cárlos!... se siente humillado y está furioso! (Con dolor.) Ah! otros se hallan en el mismo caso y callan!... Pero esto pasará... esto se disipará... y renacerá la calma para él... y para todos...

ESCENA V.

JUANA, ELISA.

ELISA. (Viniendo por la puerta de la derecha.) Por fin te encuentro.

JUANA. (Friamente.) Ya he deshauciado á Enrique, y no tardará en marcharse. En cuanto á mi hermano, ha roto conmigo, pero por grande que sea la pena que esto me cause, la doy por bien empleada si consigo asegurar tu tranquilidad y la de tu esposo.

ELISA. Ay! hermana mia, temo que no logres nada.

JUANA. (Vivamente.) Qué dices?

ELISA. Cárlos sospecha alguna cosa... Mi turbacion, mis torpezas, mi susto... porque yo estoy como paralizada... no acierto á hablar siquiera; todo esto le habrá hecho sospechar sin duda, no de Enrique, sino de algun otro que no conoce y que anda buscando. Desde que concluimos de comer, no aparta de mí los ojos; espía todos mis pasos, no me deja ni respirar con libertad. Hace un momento ha subido otra vez á mi cuarto, y desde

el primer tramo de la escalera, le he oido echar la llave á la puerta y quitarla de la cerradura. Qué significa esto?

JUANA. Lo ignoro: tal vez sea... Pero ante todo, tengo que prevenirte una cosa. La señorita Inés, tu doncella, á quien he dado, despues de comer, una órden en tu nombre, me ha respondido con un aire tan impertinente que la he despedido en el acto.

ELISA. Qué has hecho? Ahora tenemos que contemplarla.

JUANA. Contemplar á una criada insolente! Sufrir que nos falte al respeto! Eso no es digno de tí ni de mí.

ELISA. Lo comprendo... y desde luego lo aprobaría con cualquier otro criado de la casa; pero con ella... es una imprudencia!

JUANA. Una imprudencia! Cualquiera diría que la temes.

ELISA. Pues bien, sí, temo que esa muchacha malicie alguna cosa, y Federico tambien.

JUANA. Qué me dices?

ELISA. Que todo está perdido: que he escrito á Enrique una carta, y que ya la tendrá en su poder.

JUANA. Tú le has escrito!

ELISA. Para despedirle como tú habías exigido, y he confiado mi carta...

JUANA. Á Inés! Qué imprudencia!

ELISA. Lo peor es que por una casualidad, por una desgracia...

JUANA. Que siempre sucede!

ELISA. Esa carta ha caido en manos de Federico.

JUANA. Que la habrá leido...

ELISA. No lo sé; pero qué quieres? Cuando una no está acostumbrada á estas cosas...

JUANA. Vaya! cálmate. Supongo que no habrás escrito nada que pueda comprometerte?

ELISA. Segun lo que entiendas por eso.

JUANA. No habrás puesto que le amas?

ELISA. Creo que sí... (Vivamente.) Para hacerle partir!

JUANA. Ya!

ELISA. Oh! con ese objeto le hubiera dicho cualquier cosa.

JUANA. Ahora te contestará él.

ELISA. Oh!... no, no!

JUANA. Tú le has dado derecho. (Bajo.) Inés!... calla.

ESCENA VI.

INÉS, ELISA, JUANA.

INES. (Entrando por el foro de puntillas, y acercándose á Elisa.) Señora...

JUANA. (Bajo á Elisa.) (Ves qué aire tan misterioso?)

INES. (Á media voz.) Una carta del señor don Enrique!

JUANA. (Bajo á Elisa.) (Eh!... qué te decía yo?) (Alto.) Bien está, Inés; un encargo que le hemos dado... ya sé lo que es; deme usted.

INES. Perdone usted... es para la señora; así me lo ha dicho él mismo, y ademas el sobre lo reza.

JUANA. No importa: démela usted!

INES. Es que yo á quien tengo que dar cuenta, es á la señora... (Mirando á Juana con intencion.) que á pesar de los informes que le habrán dado, no quiere que me vaya de su casa.

ELISA. (Haciéndola seña de que se vaya.) Bien está: deme usted.

INES. (Entregando la carta á Elisa y mirando siempre á Juana.) Los buenos amos hacen los buenos criados.

ELISA. Bien está, repito: déjenos usted.

INES. (Yéndose con aire de sumision.) Sí, mi querida señora, ya me voy. (Váse.)

ESCENA VII.

ELISA y JUANA.

ELISA. (Dejándose caer en un sillon.) Ah!... yo desfallezco!

JUANA. (Acercándose á ella lentamente.) Ay! hermana mia; yo creía que no tenías más que un tirano... pero tienes dos, Enrique y... esa muchacha. De hoy en adelante estás al arbitrio de Inés; yo misma sólo permanezco en esta

casa... de gracia!

ELISA. Qué estás diciendo?

JUANA. Que si ella lo exige, tendrás que despedirme.

ELISA. (Con indignacion.) Jamás!

JUANA. Y tu honor? y tu secreto? y tu marido?

ELISA. Oh! Dios mio, Dios mio! Pero esta carta... esta maldita carta que me quema las manos... qué debo hacer de ella?

JUANA. Devolverla sin leerla, no serviría de nada. Es preciso conocer sus proyectos, sus intenciones; saber, en fin, lo que quiere.

ELISA. (Abriendo rápidamente la carta.) Tú crees?... (Se sienta junto á la mesa de la derecha y lee:) «Señora, voy á partir... voy »á dejar esta casa... para siempre quizá...» (Llevándose la mano á los ojos.) No veo! mi vista se turba!

JUANA. Despacha.

ELISA. (Continuando.) «Pero de usted depende que no pierda »toda esperanza. Si el amor más tierno, más sincero, »puede inspirar á usted algun interés...»

JUANA. (Mirando al foro y avisando á Elisa.) Mi hermano!

ELISA. (Viendo á Cárlos, que entra.) Mi marido!... (Oculta rápidamente la carta en la *Revista de España* que está encima de la mesa.)

ESCENA VIII.

JUANA, á la izquierda; CÁRLOS, entrando por el foro; ELISA, siempre sentada junto á la mesa de la derecha y apoyando el codo en la *Revista*.

CARLOS. (Entra bruscamente y sin ver á ninguna de las dos mujeres; Juana da un paso hácia él; Cárlos la ve, vuelve la cabeza, y mirando al otro lado, ve á Elisa y le hace señas de que se acerque.) Ven!

ELISA. (Sin apartarse de la mesa.) Qué me quieres?

CARLOS. (Con impaciencia y bruscamente.) Ven, te digo. (Elisa se separa temblando de la mesa.) Tu primo Federico está haciendo solo los honores de la casa. Eso no está bien. Vuelve al salon.

ELISA. (Siempre turbada.) Sí, amigo mio... yo... y Juana...

CARLOS. Juana hará lo que le plazca, yo no hablo con ella.

ELISA. Y tú... no vienes conmigo?

CARLOS. No. Enrique se marcha; no quiere permanecer aquí ni un momento más, y voy á acompañarle hasta la estacion.

ELISA. El tren no sale hasta las ocho y media, es todavía muy temprano.

JUANA. Tendreis que esperar mucho tiempo.

CARLOS. (Con mal humor y sin mirarla.) No importa; con eso podremos hablar de nuestros asuntos. (Á Elisa, que se ha acercado á la mesa y ha cogido la *Revista de España*.) Dame esa revista.

ELISA. (Temblando.) (Cielos!)

CARLOS. Qué tienes?

ELISA. Yo?... nada.

CARLOS. (Con impaciencia.) Dame!

ELISA. (Dándosela.) Toma, pero... para qué?

CARLOS. Ese artículo del director del colegio... aprovecharé el tiempo en leerle para hablarle de él esta noche. (Váse por el foro.)

ESCENA IX.

JUANA, que ha seguido á Cárlos hasta el foro, cayendo en un sillon junto á la puerta. ELISA, dejándose caer en otro, á la derecha, junto á la mesa.

JUANA. (Con desesperacion.) Y esa carta?...

ELISA. Imposible ocultarla! No me perdía de vista!

JUANA. Ahora sí que todo está perdido.

ELISA. He creido morir de angustia.

JUANA. Las cartas!... las cartas!... comprendes ahora lo que son?

ELISA. Sí, sí.

JUANA. Ah! mi tia Gertrudis tenía razon. Pero en vez de dejarnos abatir así, ¿no podríamos con un poco de energía, de habilidad, hallar algun medio de salir del apuro? Veamos.

ELISA. Qué buena eres!

JUANA. Crees tú que estamos ahora para sermones? Mi hermano te ama tanto, que su mayor deseo será convencerse... Ayudémosle; pensemos un modo de justificar esa carta, de explicar las intenciones de Enrique.

ELISA. Pero si ni siquiera las sabemos!

JUANA. Dices bien; es preciso esperar que nos acusen.

ELISA. Ah! estoy perdida, perdida sin remedio!

JUANA. Perdida?... No estoy yo aquí? Yo te defenderé, yo me echaré toda la culpa, yo mentiré.

ELISA. Tú?

JUANA. Y con la mayor frescura! Mentir para salvar á una persona querida, es un pecado que se nos contará en la otra vida como una obra de misericordia!... Ea! vamos al salon.

ELISA. Y tener ahora que estar alegre, amable, sonreir á todo el mundo, cuando se lleva la muerte en el alma!... Ah! este es un suplicio que yo no había sufrido todavía.

JUANA. Cuida, por Dios, de que nadie pueda sospechar...

ELISA. (Turbada.) Sí; déjame reponerme, deja que me arregle un poco. Vé tú delante, ya te sigo.

JUANA. (Animándola.) Vamos, cálmate, Elisa mia. Una mujer sola sucumbiría, pero entre dos se puede arrostrar el peligro. Te aguardo allí dentro. (Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA X.

ELISA sola.

Qué buena es!... y cuánto la quiero!... (Mirándose á un espejo.) Pero... démonos prisa. Ah! me espanto de mí misma. Aun cuando mi marido no haya visto esa carta, leerá la verdad en mi cara. Qué escena preveo!... Qué furioso se pondrá!... (Dando un grito.) Ah! y si fuera sólo conmigo; pero se ha marchado con Enrique, y si descubre ese secreto, qué va á suceder, Dios mio? Oh! corramos; es preciso á toda costa impedir... Él es!

ESCENA XI.

ELISA, CÁRLOS, entrando con la Revista debajo del brazo.

CARLOS. Aún estás aquí? (Paseándose con agitacion.) Oh! esto es inaudito, increible!... (Deteniéndose delante de Elisa, que está temblando.) El tren había partido!

ELISA. Cómo?

CARLOS. Sí; comienza hoy el servicio de verano y han cambiado todas las horas. El último tren sale á las diez de la noche.

EFISA. Y... ese jóven?

CARLOS. Que quieras que no, ha tenido que volverse conmigo.

ELISA. (Con alegría.) (Ah! no ha leido la carta.)

CARLOS. No ha venido el director del colegio?

ELISA. Todavía no, pero Juana está en el salon.

CARLOS. Juana!... no hace falta para nada. El director puede venir cuando guste. (Poniendo en la mesa la Revista, que tenía en la mano.) Yo le esperaré.

ELISA. (Con temor.) Ah! has leido ya?...

CARLOS. Sí, he leido lo bastante.

ELISA. (Lo sabe todo!)

CARLOS. Vamos, ven al salon.

ELISA. Una palabra, amigo mio.

CARLOS. (Con impaciencia.) Luégo; nos están esperando.

ELISA. (Lo mismo.) Bien, pero no me condenes sin oirme. Juana te dirá...

CARLOS. (Con ira.) Siempre Juana! (Con agitacion.) (Alguna nueva intriga contra ese pobre Enrique. Bien decía él; las dos hermanas se entienden!) (Con explosion.) Sí, es una conjuracion contra mí!

ELISA. Oh! soy culpable, sin duda, muy culpable.

ESCENA XII.

ELISA, CÁRLOS, JUANA, que viene del salon de la derecha.

JUANA. (Oyendo las últimas palabras de Elisa.) Imprudente! qué está diciendo?

CARLOS. (Con ira.) Y lo confiesa!

ELISA. (En tono suplicante.) Lo sabrás todo.

CARLOS. Por supuesto qué lo sabré.

ELISA. Te lo diremos todo.

JUANA. (En voz alta y adelantándose.) El director del colegio acaba de llegar.

CARLOS. (Con ira.) Eh!... qué diablo!...

JUANA. Y quiere hablar contigo ahora mismo, te está esperando.

CARLOS. Allá voy; pero esta noche, cuando nos quedemos solos, necesito tener una explicacion contigo, estás? (Á Juana.) Y contigo tambien; cuidado con faltarme!... (Váse por la derecha.)

ESCENA XIII.

ELISA y JUANA.

JUANA. Qué has hecho, desgraciada?

ELISA. Oh! ya no podia contenerme, y se lo he dicho todo, ó al ménos he prometido decírselo.

JUANA. Á qué tanta prisa? Qué necesidad había?...

ELISA. Él debía ya saberlo; la carta no está en el libro... Mira!

JUANA. (Hojeando la *Revista*.) Es verdad, no hay nada!

ELISA. Maldita carta!... Haber dado semejante escándalo... y todo por una imprudencia, por una idea de novela!... Ah! daría toda mi sangre porque no hubiera sucedido nada de esto.

JUANA. Silencio! que viene Federico.

ESCENA XIV.

ELISA, FEDERICO, JUANA.

FED. (Al paño.) Nada, nada, si él vuelve yo me voy.

JUANA. Qué es ello?

FED. Ese marino, ese señor de Herrera, á quien yo creía ya en camino, y con quien no quiero encontrarme otra vez, porque no tiene nada de amable. Juzguen ustedes; despues de comer fuí á buscarle al bosquecillo de lilas,

donde estaba fumando con dos ó tres de los convidados. Al llegar yo, hablaban de Cárlos, de su amabilidad, de su galantería, de su ternura contínua para con su mujer. Y yo exclamé: «Ya lo creo! como que estoy yo aquí para impedir que se descuide, y si eso llegase á sucederle, pobre de él! los primos son los vengadores de las esposas abandonadas.» Lo cual hizo reir mucho. Yo animado por el éxito, me puse á pintar de un modo ingenioso y picante la feliz posicion de un jóven, amigo de la casa, entre dos mujeres encantadoras como ustedes. Ya veía circular en todas las fisonomías una sonrisa maligna, cuando el jóven marino, no comprendiendo sin duda las bromas de buen tono, frunció el entrecejo y se permitió con un aire medio irónico, medio amenazador, dirigirme algunas palabras, que no recuerdo testualmente, pero cuyo sentido era aconsejarme, es delicioso! que no hiciera la córte á ninguna de ustedes, en atencion á que la una es la esposa, y la otra la hermana de un amigo... ditirambo caballeresco, que, en opinion de todos los circunstantes, era por demas impertinente.—Así es que sin responderle, le volví la espalda y continué fumando tranquilamente mi cigarrillo.

JUANA. Hizo usted muy bien.

FED. Verdad que sí? (Dirigiéndose á Elisa.) Ya comprenderás que no me quedaron ganas de deberle ningun favor á ese marino, y aunque tenía para él una carta tuya de recomendacion...

ELISA. No se la diste?

FED. Ya me guardaría yo bien. No quiero nada con él. Quedémonos cada cual en nuestro elemento.

ELISA. De modo que la conservas todavía?

FED. (Indicando el bolsillo de su levita.) Aquí la tengo.

ELISA. Ah! primo mio...

JUANA. Ah! Federico...

ELISA. Qué bueno eres!

JUANA. Es usted lo más amable!...

ELISA. Esa carta...

JUANA. Que es ya inútil...

ELISA. Me la devolverás, verdad?

FED. Les interesa á ustedes mucho?

JUANA. Para desgarrarla.

FED. Un momento; tengo tantos papeles... facturas de todos los comercios donde ustedes se surten. (Saca del bolsillo varias cartas y las recorre.)

JUANA. (Bajo á Elisa.) (Nos hemos salvado!

ELISA. (Lo mismo.) Sí, pero la otra carta, la de Enrique, y sobre todo la promesa que he hecho á Cárlos de revelárselo todo.

JUANA. (Lo mismo.) Eso es lo malo.

ELISA. (Mirando á la derecha.) Tiemblo á cada instante de que venga.)

FED. (Entregándole la carta.) Aquí está.

JUANA. Hay todavía mucha gente en el salon?

FED. Si no son más que las nueve! El director del colegio ha acaparado á mi primo, y le está hablando de no sé qué cuestion científica. Sospecho que tienen todavía para rato.

JUANA. Tanto mejor!

ELISA. Y tú te has venido...

FED. Porque ese señor ha llegado. Oh! no puedo verle; y así es que apenas le encuentro en alguna parte... (Viendo llegar á Enrique.) Otra vez! (Saluda y váse por el foro sin decir palabra. Enrique entra y saluda tambien á las des señoras.)

ESCENA XV.

ELISA, ENRIQUE, JUANA.

ELISA. (Bajo á Juana.) Huyamos de él; si mi marido volviese...

ENR. (Acercándose á ellas y con emocion.) Señoras, detenido aqu involuntariamente y contra el mandato expreso de ustedes, permítanme que aproveche estos cortos instantes para pedirles algunas explicaciones que considero necesarias.

ELISA. (Temblando.) Á mí, caballero? imposible, no puedo detenerme.

ENR. No es á usted precisamente, sino á su señora hermana, á quien quisiera hablar.

ELISA. (Bajo á Juana, despues de haber cambiado con ella una mirada de inteligencia.) (Quédate tú, es lo más prudente, y óyele; yo escucharé detrás de esa puerta.) (Entra en el aposento de la izquierda.)

ENR. (Mirándola salir.) (Sigue el mismo sistema, siempre nerviosa y huyendo de mí. Esta vez se lo agradezco.)

ESCENA XVI.

ENRIQUE y JUANA.

ENR. Desde esta mañana, señorita, no he podido, por más que he hecho, hablar á solas con usted, y no debe usted por lo tanto extrañar que aproveche la primera ocasion que se me presente. Sé la opinion que usted ha formado de mí, conozco la sentencia que me condena, y no apelaré de ella.—Pero como deseo merecer la estimacion de mi juez, quisiera ántes de alejarme que me permitiera usted defenderme, y le suplico que tenga la bondad de oir sin interrumpirme.

JUANA. Lo prometo, caballero, la defensa debe ser libre; (Enrique deja su gorra encima de la chimenea, Juana pasa á la derecha.) diga usted lo que guste, yo escucharé hasta el fin. (Se sienta.)

ENR. Cuando un accidente feliz, y que he bendecido muchas veces, me proporcionó la dicha de conocer á usted en la quinta de su señora tia, estaba proscrito y tenía que ocultar mi verdadero nombre. Pero en aquellos breves dias que pasé al lado de usted, le consagré mi corazon y este brazo que casi le debo, jurando que me casaría con usted el dia que pudiese, ó que moriría soltero. Sí, lo digo lealmente... usted es la primera y la única mujer que he amado en el mundo.

JUANA. (Con ira.) Caballero! (Se levanta y vuelve despues á sentarse.)

ENR. (Con dulzura.) Me ha prometido usted no interrumpirme. Mis ilusiones no han durado mucho. Usted ha hecho voto, segun me ha dicho su señor hermano, de no casarse nunca, y sin duda mi abnegacion y mi ternura no son bastantes á hacerle á usted cometer un perjurio; pero entre las cualidades que en otro tiempo admiraba en usted, estaba la franqueza, y hoy, permítame usted decírselo, hoy veo que la ha perdido. Por qué no decirme sencillamente los motivos que usted tiene para rechazar mi pretension? Este amor, que usted no acepta, no merece, sin embargo, el desden y la ironía con que usted le ha acogido. Se deben algunas consideraciones al vencido; y renunciar á usted, señorita, era ya para mí un dolor tan grande, que bien merecía dulcificarse con alguna palabra de estimacion, de amistad; déjeme usted, pues, al partir, llevar la esperanza de obtener esa amistad algun dia. Hé aquí todo lo que tenía que pedirle.

JUANA. (Friamente.) Caballero, he escuchado á usted y sólo le contestaré con una pregunta. Por qué se cree usted obligado á decirme todo eso?

ENR. (Asombrado.) Cómo, señorita?

JUANA. Sí, aquí estamos solos y toda ficcion es inútil.

ENR. Yo fingir! yo engañar á usted! Es posible, señorita, que usted haya llegado á creerlo? Y por qué motivo? con qué objeto?

UANA. Ah! esto es demasiado. (Con ironia.) Se atreve usted á decirme que me ama?

ENR. Sí, se lo digo á usted, á su hermano, al mundo entero!

JUANA. Y que ha venido usted aquí para pedir mi mano?

ENR. Sin duda; no creo que nadie pueda atribuirme otro designio.

JUANA. Y es para eso para lo que se ha dirigido usted á mi hermano?

ENR. Sí, señorita.

JUANA. Para eso ha solicitado usted esa amistad?

ENR. Para eso.

JUANA. (Fuera de sí.) Oh! acabemos, caballero.

ENR. Acabemos, señorita; aquí debe haber algo de extraordinario y que yo no puedo explicarme; las cosas más sencillas y naturales le parecen á usted en mis labios increibles, inverosímiles. Lo juro! yo la amo á usted, porque no pnedo ménos de amarla, y no comprendo cómo duda usted así de mis juramentos, cuando todo mi deseo se cifra en repetírselos ante el altar!

JUANA. (Mirándole con atencion.) (Ese aire de franqueza, de lealtad...) Un momento, caballero. (Enrique se dirige hácia la chimenea.) (Dirá la verdad? No es posible. Pero cómo saberlo, sin comprometer á mi hermana, sin descubrir su secreto? (Mirando á la puerta de la izquierda.) Ella está ahí escuchando. Quizá sirva para su curacion (Poniéndose la mano en el corazon.) ó para la mia.) (Volviéndose á Enrique.) Caballero, me ha hablado usted de mis buenas cualidades; yo tengo que hablar á usted de mis defectos En primer lugar ha de saber usted que soy muy incrédula, muy desconfiada. (Sentándose.) Quiere usted repetir todo lo que acaba de decirme?

ENR. (Vivamente y sentándose junto á ella.) Con mucho gusto, señorita.

JUANA. Decía usted, si no recuerdo mal, que yo era la primera y la única mujer que usted había amado en el mundo.

ENR. Así es la verdad, señorita!

JUANA. La única! no teme usted decirlo en voz alta?

ENR. Lo afirmo por mi honor! Mi infancia se ha deslizado en largos y penosos estudios; mi juventud á bordo de un navío. Los viajes, la guerra, las rudas tareas de mi profesion, dejan poco campo á las pasiones. Fácilmente, pues, comprenderá usted que ántes de conocerla no haya amado á ninguna otra mujer; despues, es más difícil todavía. Sin posicion, sin medios de fortuna, no podía pensar en casarme. Pero mi suerte ha cambiado, y he venido aquí por usted, por usted sola! Á quién dirigirme para que se interesára por mí? Á su tia de usted? no existía ya; á su hermano? no me conocía.

Pensé entónces en su cuñada de usted, antigua amiga y compañera de mi hermana, poniendo en ella toda mi esperanza. Pero ah! en vez de acoger mi pretension, de alentarme, no me ha permitido en todo el dia acercarme á ella ni dirigirle siquiera la palabra. Así es que no sé si debo decírselo á usted, que al fin es hermana suya.

JUANA. (Vivamente.) Sí, sí, dígamelo usted todo; hemos convenido en hablar con toda franqueza. Mi hermana...

ENR. (Con energía.) Me ha parecido insoportable!

JUANA. (Vivamente.) Chist! más bajo.

ENR. (Mirando hácia el salon.) Es verdad, podrían oirnos. (Volviéndose hácia la puerta de la izquierda y hablando á Juana.) Pues bien, sí, insufrible é inexplicable. Mira sin ver, escucha sin oir; si se le ofrece el brazo, tiembla como un azogado; si uno se acerca á ella le dan síncopes! es un ataque de nervios contínuo.

JUANA. (Queriendo imponerle silencio.) Caballero...

ENR. Yo la cobré desde luégo antipatía.

JUANA. (Lo mismo.) Por favor...

ENR. Ya veo que hice mal y me arrepiento. Pobre señora!

JUANA. Usted la compadece?

ENR. Sí, porque creo que está tocada, que tiene algo en la cabeza. En primer lugar los síntomas que ya le he indicado á usted....

JUANA. (Respirando.) Ah! si no es más que eso...

ENR. Y luégo unas ausencias...

JUANA. Ausencias?

ENR. Figúrese usted que al marcharme le escribí una carta con el consentimiento de su esposo.

JUANA. Ya... esa carta que trajo Inés.

ENR. Usted la ha leido? Ya habrá visto usted que nada tenía de inconveniente. En todo caso, era una carta íntima, personal, un secreto de familia que yo confiaba á ella sola. Pues bien, esa carta que ella hubiera debido guardar, dónde dirá usted que la he encontrado?

JUANA. (Cielos!)

ENR. En la estacion del ferro-carril, dentro de un número de la *Revista de España* que su marido puso en el sofá del salon de espera.

JUANA. Es posible?

ENR. Yo la cogí sin que don Cárlos lo notase, porque él, que es un hombre formal, hubiera sentido mucho...

JUANA. Y la tiene usted todavía?

ENR. Ya lo creo, y pienso guardarla.

JUANA. Tendría usted la bondad de confiármela á mí? Quisiera volver á leerla.

ENR. (Entregándosela.) Por qué no, señorita?... aquí la tiene usted.

JUANA. (Mirándola con disimulo.) (Es la misma.) (Leyéndola en voz alta de espaldas á Enrique, es decir, de frente á la puerta de la izquierda.) «Señora, voy á partir, voy á dejar esta casa »para siempre quizá; pero de usted depende que no »pierda toda esperanza. Si el amor más tierno, más »sincero... puede inspirar á usted algun interés, díg»nese usted interceder en favor mio con su señora her»mana, dígala usted que hace tres años la amo, que »hace tres años es ella el objeto constante de mis pen»samientos, de mis deseos, y sin embargo, me recha»za, me prohibe amarla! dígale usted, señora, que es »la única órden suya que no puedo obedecer.» (Juana se detiene.)

ENR. (Se ha conmovido!)

JUANA. «Si, gracias á usted, mi causa llega á triunfar algun dia, »por lejano que sea, Juana me encontrará libre, siem»pre libre! Cuando se ha esperado tener por compañera »á una mujer como ella, no es posible amar á otra!» (Mirando á Enrique.) (Pobre Enrique!) (Con un tono gracioso y ocultando su emocion.) Caballero, yo cuando he cometido una falta, la confieso y la reparo, en cuanto puedo. Le diré á usted, pues... Silencio! mi hermana!

ENR. (Á media voz.) Y viene á tiempo. Cómo quiere usted que no deteste á semejante mujer?

ESCENA XVII.

ELISA saliendo del aposento de la derecha. JUANA y ENRIQUE sentado á la izquierda.

ELISA. (Pálida y turbada, bajo á Juana, que se ha acercado á ella.) (Ah! le odio ahora! le detesto!)

JUANA. (Las mismas palabras! los mismos sentimientos!... Oh! simpatía!)

ESCENA XVIII.

ELISA y JUANA á la izquierda. CÁRLOS y FEDERICO, que vienen por el foro; ENRIQUE junto á la mesa de la derecha.

CARLOS. Por fin se marchó el director del colegio...

FED. Todo el mundo ha levado anclas. (Viendo á Enrique.) (Excepto este señor que espero hará pronto lo mismo.)

CARLOS. Ahora ya puedo enfadarme á mis anchas. Vamos á ver, aquí se me debe una explicacion.

ELISA. (Con desesperacion.) Que vas á tener al momento.

CARLOS. Gracias á Dios! (Se dirige á Enrique.)

JUANA. (Bajo á Elisa.) (Qué vas á hacer?

ELISA. (Lo mismo.) Á decírselo todo, quiero castigarme!

JUANA. (Lo mismo.) Y hacerle á él desgraciado!)

CARLOS. (Á Enrique con ira.) Tenía usted razon, amigo mio, era una conjuracion; mi mujer estaba en contra nuestra.

ELISA. (Estupefacta.) Yo!

JUANA. Pues bien, sí, es la verdad; eso es lo que ella no se atrevía á confesar... (Á Enrique.) y lo que yo iba á decir á usted hace un momento. Ántes de llegar este caballero, Elisa habia prometido ayudar á su primo.

FED. En efecto!

JUANA. (Buscando las palabras.) Y creyéndose obligada por esta promesa y por deber de parentesco á secundar las miras de Federico...

FED. Excelente prima!

JUANA. No he protegido quizás al señor don Enrique con todo el celo que tú deseabas, y colocada entre su marido y su familia, ha tenido que encerrarse en una estricta neutralidad.

CARLOS. (Descontento.) Neutralidad armada!

JUANA. Al contrario, la pobre estaba ahora mismo tan desconsolada, tan inquieta por no haberse conformado en un todo con tus deseos, que yo estaba viendo el momento en que perdía la cabeza y se creía culpable de los mayores delitos...

CARLOS. Cómo? era ese el motivo?

ENR. El motivo de?...

JUANA. (Á Enrique.) De la turbacion y los síncopes que usted ha notado en ella. (Á Cárlos.) De la desesperacion en que la has encontrado hace un momento. Y tú, en vez de pedirle perdon, vienes como un juez de primera instancia á hacerle sufrir un interrogatorio... una especie de confesion con cargos!

ENR. Ah! no me perdonaré nunca haber sido la causa...

CARLOS. (Calmándose.) Y yo que he estado tan severo!... pero se trataba de un amigo.

ELISA. (Á Cárlos.) Como prueba de mi arrepentimiento, ruego sinceramente y de todo corazon á Juana que dé su mano á este caballero; (Señalando á Enrique.) es el único medio de reconciliarme conmigo misma.

FED. (Giró la veleta!)

CARLOS. Muy bien! eso se llama reparar noblemente un yerro; y si Juana no fuese la obstinacion en persona, seguiria tu ejemplo. (Á Juana.) Vamos! una corazonada, te ama tanto!

ELISA. (Suplicante.) Sí, cásate con él!

FED. (Bajo á Juana.) (No se case usted.)

JUANA. Poco á poco: este es un asunto que me concierne, y yo no me dejo influir por nada. Hace un momento estuve ya para dirigir á este caballero, en respuesta á su carta, dos palabras que voy á decirle ahora, á él sólo; y si despues no está contento, quedará en libertad de mar-

charse. (Enrique se ha dirigido al proscenio; Juana se acerca á él y le dice pausadamente.) Enrique... hace tres años que le amo á usted!

ENR. (Dando un grito.) Ah! usted me ama?

FED. (Hice fiasco!)

ENR. Entónces, cómo es que?...

JUANA. No doy explicaciones. Es preciso tomarme tal como soy, con todos mis defectos!

ENR. (Con alegría.) Los tomo, los tomo! no quiero que se le quite nada á mi tesoro.

CARLOS. (Á Elisa.) Por fin, ya tenemos á nuestra hermana unida á un excelente marido.

ELISA. (Mirándole con alegría y afecto.) No será mejor que el mio! Un hombre de honor y de mérito de que estoy orgullosa.

CARLOS. (Riendo.) Qué te ha dado ahora?

ELISA. (Alegremente.) Me ha dado... me ha dado, que estoy contenta de mí, de mí... y que te amo!

CARLOS. (Á Juana, dando un grito de alegría.) Me lo ha dicho! (Á Federico.) Y cuando vea la sorpresa que le preparo...

ELISA. (Bajo á Juana.) Qué felicidad!... no era nada más que un sueño!

JUANA. Un sueño!... pero ya estás
despierta?

ELISA. Sí, Juana mia.

JUANA. No volverás algun dia
á soñar así?

ELISA. Jamás.

JUANA. No, Elisa, no sueñes más
y consulta á tu razon;
pues si dijo Calderon
que es un sueño la existencia,
tambien dice la experiencia
que los sueños... sueños son.

FIN DE LA COMEDIA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES	Prop. que corresponde
ZARZUELAS.			
icanos de pega	1	R. María Liern	Libro.
toman y Don Ramon	1	Usera y Lopez y Schænbrunn	L. y M.
elégramas	1	Portero y Segura	L. y M.
ite de bellotas (Monólogo)	1	R. María Liern	L. y M.
an dia	1	N. Serra y Bengoechea	L. y M.
e va á morir te saluda	1	Belza y Balart	L. y M.
rgento Lozano	1	Hurtado y Nuñez-Robres	L. y M.
bastidores	1	N. Serra y Carrer	L. y M.
de los cielos	1	N. Serra y Bengoechea	L. y M.
o en guerrillas	1	Manuel Nieto	Música
oz de España	1	Altadill y Fosa	L. y M.
hijas de Fulano	1	Amalfi y Fernandez Caballero	L. y M.
rosales de Mañana	1	Guillermo Cereceda	Música
o el Veterano	1	Liero y Monfort	L. y M.
evillano en la Habana	1	Leopoldo Palomino de Guzman	Libro.
ostelero de Riela	3	Belza y Gabriel Balart	L. y M.
cancion de amor	3	A. Hurtado	Libro.

la dejado de pertenecer á esta Galería la comedia en un acto de D. Eduardo varro, titulada: *Por un descuido*, y la música de las zarzuelas en un acto del Rossetti, tituladas: *El cuerpo del delito*; *El padre de mi mujer*; *Un to de prision*, y *Un jaleo en Triana*, así como las siguientes obras del señor eton de los Herreros: *Por una hija*, comedia en un acto, *Al pie de la ra*, *Cuando de cincuenta pases*, *El abogado de pobres*, *Elvira y Leandro*, *tre dos amigos*, *La hermana de leche*, *La hipocresía del vicio*, *Los sentidos rporales*, *María y Leonor*, y *Mocedades*, comedias en tres actos, y el libro de zarzuela en tres actos, *Cosas de D. Juan*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9,

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al **EDITOR**, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.